

LA MARI

La santa que no quería ser santa

Adolfo Chércoles Medina sj
Granada, 06/04/2019

Introducción

Es algo que me viene rondando desde su muerte, el 11 de febrero de 2018. Su vida ha sido algo tan interpelante para todos los que hemos tenido la suerte de estar cerca de ella, que dejar que su huella se agote en este limitado círculo es imperdonable. No puede caer en el olvido lo que ha sido una sorpresa casi constante, incluida ella misma: lo que el Espíritu puede suscitar *'sin causa precedente'* (EE 330). Y cito, nada más empezar los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola, porque han estado muy presentes en su vida justo a raíz de su experiencia *'mística'*, la gran sorpresa de su vida, a la que siempre se remitía con un recuerdo imborrable hasta el final de su vida, huella que sólo Dios puede dejar.

En efecto, cuántas veces en momentos duros de su vida -si es que no lo fueron todos-, aludía al texto que he citado que ella formulaba: *"Qué verdad es, Adolfo, que 'entra y sale' cuando quiere y como quiere"*, refiriéndose a que no es algo que esté en nuestra mano, sino que todo es don. Dicha experiencia, sorprendente para ella y para mí desconcertante cuando me la compartió, pero, para ambos, punto de arranque y referente que de la mano de san Ignacio fuimos descifrando. Sin este referente es difícil comprender su firmeza en afrontar unas circunstancias tan duras sin convertirlas en frustración. Las circunstancias pueden vivirse como culpables de nuestros fracasos o como retos a nuestras capacidades. Ella, todas las convirtió en oportunidad. Pero tengo que confesar que el referente último fue dicha experiencia.

El título que encabeza este trabajo remite a una frase que en más de una ocasión le oí: *"Adolfo, yo no quiero ser santa"*. Con frecuencia, sus afirmaciones desconcertaban, pero antes o después veías su alcance. Esta frase recurrente, siempre salía en contextos de *'lucimiento'*. No he conocido una persona tan alérgica a destacar. Siempre era ella, sin querer aparentar lo que no era o lo que pretendíamos atribuirle. Le repugnaba. Cuando se terminaron los apuntes de EE, que como veremos surgieron gracias a ella, quise que su nombre apareciera. Su reacción fue contundente: *'Los rompo'*.

Era la *'anti-autoestima'* en persona. Nunca compitió, pero tampoco se sintió víctima. Siempre la percibimos sin desniveles: ni por encima ni por debajo. Por eso la relación con ella era tan fácil: ni tenías que defenderte, pero tampoco compadecer. Eso sí: su personalidad era inmanipulable, pero sin estar pendiente de ella misma. Esto se traducía en que no era *'picajosa'* y, por eso, nunca *'guardó'* ni *'restregó'* nada. Comportamientos que le dolían, no influían en su rica personalidad. Seguía siendo ella sin exigir *'reconocimientos'* o *'valoraciones'*. Esto es lo que yo percibo en esta extraña frase. ¡Nunca quiso aparentar y menos que le hiciesen un *'monumento'*! ¡Fue ella misma!

Estas dos referencias -su experiencia de Dios y su autenticidad nunca pendiente de valoraciones o reconocimientos-, quiero que sea la clave de todo lo que intento compartir de

su vida, teniendo claro que ambas referencias no son ajenas entre sí, sino todo lo contrario, se retroalimentan. Su vida me descubrió, que la auténtica experiencia de Dios personaliza sin complejos ni por arriba ni por abajo: ni engríe ni anula. En terminología cristiana, la experiencia de Dios ha de ser encarnada, de lo contrario es mentirosa.

Esto supuesto, iremos abordando su vida desde los comienzos, sin pretender convertir este relato en una biografía en sentido estricto, sino servirnos de las etapas de su vida como el entramado en que poder enmarcar una personalidad tan rica desplegada en contextos tan duros. Su vida nunca fue fácil y, precisamente esta circunstancia, potenció unas capacidades notables.

Mi propósito es intentar describir un proceso tan rico y, sobre todo tan lleno de sorpresas, de la mano de san Ignacio. Recuerdo en un momento de la larga elaboración de los nuevos apuntes de EE, decirme: *“Adolfo, es que parece que san Ignacio está dentro de mí”*. Los EE daban nombre e integraban vivencias que no podía negar. No he conocido a nadie con tanta capacidad de ir comprobando el proceso de EE en la propia vida como ella. Y, sin duda, este es el reto de los EE. Cuando se reducen a la mera experiencia sin incorporar su dinámica, se han quedado a mitad de camino. No han logrado el reto por excelencia: *“preparar y disponer el ánimo”* (EE 1).

En cada epígrafe, destacaré el aspecto que considero clave para mi pretensión.

Una infancia dura. Su abuela Custodia.

El ser la mayor de diez hermanos condicionó su infancia. Nace el 20 de abril de 1969. El contexto social es de total precariedad. El ‘buscarse la vida’ era cotidiano en aquellas familias gitanas de Santa Juliana -los ‘barracones’ donde vivían sus padres- y, pronto, para hacer posible esta tarea cotidiana, alguien tenía que quedarse cuidando de los hermanos pequeños. Esto supuso que apenas tuvo escuela. Aprendió a leer con dificultad y escribir era un suplicio para ella, cosas que nunca convirtió en lamento y menos en disculpa para no ponerse en juego a tope.

Hoy diríamos que no tuvo infancia. La responsabilidad diaria de cuidar a sus hermanos lo recordaba con satisfacción. Nunca percibí en ella la menor amargura. Rebeldía sí, pero cuando tuvo cabida, como veremos. Nunca dio la espalda a la realidad que tenía delante. Lo que otros niños con ‘infancia’ tenían que desarrollar desde el juego, ella lo hizo realmente. No fueron ‘muñecos’ los que acunó y alimentó, sino a sus hermanos que se iban sucediendo de dos en dos años. Y todo ello con la ‘autoridad’ necesaria para llevar a cabo la educación de cualquier niño. Esto reconocido por sus mismos hermanos. Esta firmeza imprescindible para ejercer cualquier autoridad, la conservó siempre.

Sin embargo, he destacado la alusión a su abuela Custodia -madre del padre-. El motivo es que repetidas veces me comentó que fue ella la que le enseñó a rezar por la noche antes de dormir. Desde entonces, decía, que su momento ideal para ‘hablar con el Señor’ era por la noche. Esta dimensión relacional de su fe -irrenunciable en la fe cristiana- y su momento ideal fue algo que conservó. Pero la importancia de esta alusión es que la fe cris-

tiana no es el desarrollo de una supuesta dimensión trascendente -religiosa- en el ser humano -*homo religiosus*-, sino algo que se trasmite -que hay que anunciar-, y que la persona que lo recibe tiene que responder.

Es decir, en medio de su ignorancia total en materia religiosa, tuvo desde muy pequeña esta apertura personal a un Dios con el que podía 'hablar'. Importante dato.

Una juventud agitada. En busca de su libertad. "...para que no tires a nadie".

Al aludir a la ausencia de amargura ante la dureza de su infancia, añadió: "*Rebeldía sí, pero cuando tuvo cabida*". ¿En qué sentido?

Su rebeldía surge cuando ya hay quien pueda hacerse cargo de los hermanos más pequeños y ella empieza a exigir una libertad, que va a ser otro referente irrenunciable en su vida, aunque no siempre vivido desde la misma perspectiva. Al comienzo cargado con toda la rebeldía de la pubertad, pero que su notable inteligencia irá encauzando e integrando en su comportamiento.

En este momento la conocí. Yo sabía que el primer hijo del Candi -Juan, su padre- era una niña, pero no había tenido el menor contacto con ella. El asunto fue que un día, viene en busca mía su padre para pedirme que fuese con Fermina -una asistente social conocedora del barrio y amiga mía- a la Comisaría del Campillo a por su hija, menor de edad, que se había escapado de su casa- y la policía acababa de encontrarla, para que fuésemos por ella y la metiéramos en un colegio.

Allí asomamos los dos, y nos la llevamos. Pasado el tiempo, preguntándole yo por qué se había venido con nosotros sin rechistar -entonces no nos conocía personalmente-, me contestó: "*Porque yo lo que quería era salir de allí. Ya me escaparía de vosotros*", como de hecho prácticamente ocurrió.

En efecto, primero estuvo en las Adoratrices de Granada. De allí tuvo que salir y la llevamos a Córdoba, donde estuvo en otro centro: decía que estaba rodeada de 'tontas' y se le iba a pegar. Por último, la llevé personalmente a Almería, donde ingresó en otro centro y, cuando llegué a Granada, me estaba llamando la monja para informarme que ya se había escapado. Cuando fui a casa de los padres a decírselo me tranquilizaron al informarme que habría ido a casa de una tía que tenía un invernadero en un pueblo cerca de Almería. Y así fue.

Estos comienzos tan accidentados motivaron que un día, pasados los años, cuando ya nuestra confianza iba creciendo, le comentara: "*Mari, el día que te conocí te tiré a la papele- ra*", a lo que me contestó: "***Pues para que no tires a nadie***". En efecto, en esta criatura he palpado lo que tantas veces yo repetía cuando daba las Bienaventuranzas: "Dios apuesta por

la recuperación de lo irrecuperable”. La que yo, nada más conocer descarté,¹ se convirtió en una referencia constante. Su vida ha sido la permanente confirmación del Evangelio.

Allí se quedó y estuvo a punto de casarse con un muchacho que era medio pariente. Ella contaba que estando a punto de celebrarse la boda, al enterarse de que la familia del novio dudaba que pudiesen ‘sacarle el pañuelo’ al haber estado ‘escapada’ de su casa, y a pesar de llevar a cabo comprobaciones que confirmaban su integridad, se plantó. Ante la reticencia de la familia del novio, fue ella la que rompió la relación y la boda no se celebró.

Esta decisión, en aquel momento tenía más alcance que si hubiese ocurrido hoy: una muchacha gitana estaba a merced de lo que decidían las familias. Iba apareciendo su fuerte personalidad: nadie pudo manejarla nunca. Tenía claro que era ella la que tenía que decidir. Su forma de entender la libertad como capacidad de decidir -no dejarse llevar del capricho-, fue madurando desde muy pronto y forjando aquella gran personalidad.

Este hecho hizo que volviese a casa de sus padres, que se sentían ofendidos por las dudas acerca de su hija. Esta vuelta, sin embargo, no fue tan natural. Su temperamento fuerte pronto choca con el del padre -más de uno, de los que la conocimos, siempre pensamos que era, entre todos sus hermanos, la más parecida al padre-. Estos conflictos terminan en que se va con sus abuelos maternos.

Este comienzo tan duro, pero tan real -tener que hacerse cargo de sus hermanos pequeños- se le quedó grabado. Apenas disfrutó de su infancia, pero pasados los años, ya en plena juventud, agitada como podemos ver, tuvo la reacción siguiente.

Mari Ángeles Manterola, una gran mujer que impartía clases de cocina y otras habilidades para pudiesen buscarse la vida en el servicio doméstico a un grupo de chicas del barrio entre las que estaba ella, compartió lo siguiente en un boletín de la Asociación **Jesus Caritas** a la que pertenecía: «*M.L. (María Luisa, nuestra Mari) tenía dificultades para convivir con su padre. Un día, en un momento de enfrentamiento, su padre la echó de casa. Se fue a casa de sus abuelos maternos donde aún vive.*

Pasó tiempo y un lunes faltó a nuestra clase de cocina. Al día siguiente vino a decirme: “Ayer no pude venir porque supe que mis padres habían tenido que ir de viaje por un problema familiar. Yo no iba a dejar solos a mis hermanos pequeños. Los cuidé por la tarde, les hice la cena y los acosté. También dejé la cena hecha para mis padres porque llegarían tarde y cansados. Y tuve bien cuidado de venirme antes que mi padre me encontrara en casa y me armara pelea...”.

¡Qué forma tan maravillosamente sencilla de perdón, de no rencor por lo sufrido!...

Muchos de los “buenos”, cuántas vueltas hubiésemos dado para ir o no ir, hacer tal o cual... Aquella tarde leí, saboreé el Evangelio en esta locuela de 17 años». (Boletín Jesus Caritas, FALTA FECHA) ¿COMPROBAR CITA?

¹ Importante término usado en repetidas ocasiones por el papa Francisco, hasta el punto de hablar de “la cultura del «descarte»”, añadiendo, “que además, se promueve” (EG 53), apostando en otro momento por que “la opción por los últimos” debe concretarse en “aquellos que la sociedad descarta y desecha” (EG 195).

Esta reacción tan sorprendente refleja algo que iremos resaltado. Nada en ella era anecdótico y oportunista. Sus respuestas siempre eran a la realidad, no fruto de un 'estado de ánimo' más o menos alterado -¡y tenía un carácter fuerte!-, pero su inteligencia nunca pasó a segundo plano. Todos tenemos inteligencia, pero no siempre la usamos. Si ponerla en práctica es 'hacerse cargo de la realidad' -no 'elucubrar'- ella lo hizo siempre. Habría que decir que el riesgo de la inteligencia es terminar en '*intelectualismos sin sabiduría*', la última forma de ocultar la realidad que el papa **Francisco** nombra en la *Evangelii Gaudium* (231). El 'sabio' siempre habla desde la realidad, el 'ideólogo' quiere imponer la que él se ha construido.

Esta fue una de sus actitudes *sorprendentes*. Su capacidad de responder a la realidad por encima de conflictos. ¡Nunca restregó nada! Y esto hasta su muerte. Siempre, quien volvía, encontraba la puerta abierta, no se le 'pedía cuentas'...

Este comportamiento es lo más opuesto a posturas que hoy tenemos sin el menor sonrojo. La frase que oímos por todas partes -y que a lo mejor nosotros repetimos con el mayor desparpajo: "Ese es su problema"-, ella nunca la hizo suya. Los problemas que le rodearon fueron suyos siempre.

Y aquí quiero aludir a otra cualidad, no tan llamativa como la de su libertad y energía, pero de igual importancia. Cuando empezó a hacer EE, como ella necesitaba dedicarle todo el tiempo, vimos que tenía que esperar a sus vacaciones y venirse a algún sitio donde yo daba las Bienaventuranzas y aprovechar esos ocho días para avanzar.

Aquel año vino a León donde me había comprometido con un grupo de Teresianas del P. Poveda. Como es natural, al llegar fuimos a la Catedral, y en aquel momento estaba un organista, que después supe era francés, interpretando la 'tocata y fuga' de Bach. Nos sentamos en un banco y de repente me dice: "*Adolfo, esta música es para este sitio*". Pero no quedó ahí la cosa.

En el retiro había una muchacha, no teresiana, que me había conocido años atrás en unas Bienaventuranzas y quiso repetirlas. Resulta, que un tío suyo era canónigo de la catedral y nos dijo que iba a ver si podía enseñárnosla. Lo hizo y subimos, teniendo que pasar por tejados al pasillo que recorre toda la nave justo antes de la bóveda. Estábamos justo debajo del rosetón de la entrada y me dice: "*¡Adolfo, pellízcame, que me parece que esto es mentira!*". Tenía una sensibilidad capaz de captar la belleza donde de veras se daba. ¡Cuántas barbaridades hacemos cuando pretendemos 'educar' la sensibilidad! Ésta se tiene o no se tiene, y punto.

Vuelve a casa de los padres y busca trabajo: autonomía y responsabilidad: "*Ser bueno es ayudar a los demás*".

La persona inteligente es capaz de restablecer la normalidad. Las tensiones van suavizándose y vuelve a casa con sus padres y hermanos. Busca trabajo -al que nunca tuvo miedo sino todo lo contrario-, y entabla relaciones con un muchacho del barrio. Pero de nuevo se frustra. A través de un hermano se entera que esta 'enganchado' a la droga y ella tiene claro:

“Yo no estoy para pasarme la vida a las puertas de una cárcel”, y rompe con él. Una vez más, su ‘cabeza’ decide, no los ‘sentimientos’.

En este tiempo, empezamos a trabajar su padre y yo juntos haciendo chapuzas. Pero no sólo coincidimos en la albañilería, sino que entré a trabajar con él en la vendimia.

Tanto su familia como yo, íbamos a vendimiar al mismo pueblo manchego, **Villarta de san Juan**, y durante varios años trabajábamos con distintos dueños. Yo lo hacía con dos hermanos, en cuya cuadrilla no había ningún gitano de Granada, sino era una familia - matrimonio con cinco hijos- de **Arjonilla**, cerca de **Andújar**. Un año, al comienzo de la vendimia me encuentro con el padre de Mari que me dice: *“¿Por qué no te vienes con nosotros que ha fallado uno, y así estás con conocidos?”*.

En efecto, el local que ofrecían para vivir lo ocupaba la familia de **Arjonilla**, y no me iban a meter con ellos, de modo que yo dormía en una especie de garaje, debajo de un carro, donde me habían acondicionado con paja un lugar donde echar mi colchoneta. Esto era común para todos los vendimiadores. Tuvieron que pasar años para disfrutar de camas, por ejemplo.

Cambié, por tanto, de dueño, y desde ese momento, podíamos decir que entré a formar parte de su familia. Allí todos dormíamos en la misma sala. Esta ‘convivencia’ sí creaba reciprocidad. No era lo mismo mi vida en el barrio -mis vecinos en sus casas, nosotros en la nuestra-, que convivir en la misma habitación.

Esto había sido para mí una sorpresa. Ya lo había experimentado en la aceituna con otras familias gitanas. Te enterabas, por ejemplo, que los niños por la noche pueden llorar, el otro puede roncar... En esas circunstancias, objetivamente, eras uno de tantos, te sentías acogido y tenías que soportar la convivencia, pero también la disfrutabas.

Pero a esta ‘incorporación’ a la familia se añadió otro hecho. En la Mancha se vendimia con una espuerta grande con dos asas, lo que llevaba consigo que siempre hay que trabajar con otro. En el pueblo, los que tenían viña hablaban de cuántas ‘espuestas’ tenían. Si uno decía: *“Tengo cinco espuestas”*, es que tenía diez trabajadores. Pues bien, al llegar yo, la Mari le dice a su padre: *“Papa, yo me voy de espuerta con Adolfo”*. Y así fue.

El trabajo con ella no podía ser más entretenido. La alegría de aquella chiquilla, sus preguntas, sus comentarios... Se pasaba el día cantando. Coincidimos dos años. Al encontrar trabajo en una guardería dejó de venir a la vendimia.

Y aquí tengo que referir algo que ocurrió el segundo año que trabajamos juntos. Estábamos en plena tarea, y oigo que la pareja de al lado -gitanos- comenta: *“Pues ése será muy ‘honrao’, pero no es ‘gueno’”*. Me choca la frase y pregunto a la Mari: *“Y, ¿eso qué quiere decir?”*, *“Pues eso, que será muy ‘honrao’, pero que no es ‘gueno’”*, responde. Ante mi insistencia, se me queda mirando con cara de sorpresa: *“¿Es que tú te crees que yo no sé distinguir entre ‘honrao’ y ‘gueno’?”* *“¿Pero qué diferencia hay?”* *‘Hombre, Adolfo - responde con naturalidad-, ser honrado es no matar, no robar, etc.; pero eso no quiere decir que seas bueno, porque ser bueno es ayudar a los demás.’*

Fue la primera sorpresa que me dio y, posiblemente, sea la frase que más he citado en mi vida desde aquel momento. Para mí fue la versión actual del fariseísmo. Se nos educa a ser 'horados', pero se nos va a preguntar si hemos sido 'buenos'.² La honradez puede contabilizarse, porque viene a ser el 'cumplimiento' de lo establecido, y hay que empezar por ahí. Pero el problema está en que esto sólo consigue que podamos dormir con la conciencia tranquila y decir, con todo desparpajo, la indecente frase: "Ese es su problema", quedándonos tan panchos, cuando, a lo mejor, tenemos delante una realidad que exige nuestra respuesta ¡ya!

Pero la genialidad de su respuesta está en lo que entendía por 'ser bueno': "...*porque ser bueno es **ayudar a los demás***". Resulta que dicha 'bondad' no consiste en ir por la vida de 'bonachones', sino con los ojos bien abiertos y los oídos atentos a las necesidades ajenas. Esta respuesta, para los que hemos tenido la suerte de estar a su lado puede ser el resumen de lo que ha sido su vida. Estuvo pendiente de los que le rodeaban hasta el momento de su muerte.

Pero volvamos al trabajo cotidiano de Granada haciendo 'chapuzas'. Como el padre tenía una furgoneta, podíamos venir a su casa a comer. Un día, mientras comíamos, me pregunta: "*Adolfo, ¿a qué vas cuando dices: 'este fin de semana salgo'?*". "*Pues a dar charlas que me piden*", respondo. "*Y sobre qué*". "*Pues lo que me piden*". "*Y ¿qué te piden...*" Aquello no acababa. Ha sido la persona menos inhibida, pero con cabeza. Comento a **Lorena** -otra gitana que llevaba dos años haciendo EE- la conversación y mi perplejidad de cara a explicarle qué charlas eran las que me pedían, y ésta me propone: "*¿Por qué no organizamos este verano un retiro sobre las Bienaventuranzas que tú das y que venga ella?*"

Collado Mediano: las Bienaventuranzas: "Eso mismo me pasó a mí".

Y así fue. Las **Apostólicas del Corazón de Jesús** nos dejaron una casa que tenían en **Collado Mediano** (Madrid). Era agosto, creo que del año 1987. Allí nos reunimos un pequeño grupo -unas diez personas- para compartir las Bienaventuranzas. Entre ellas se encontraba la Mari.

Este fue su primer encuentro con el Evangelio. Le sorprendía que todo lo que allí iba saliendo tenía que ver con la vida real. Recuerdo en la 5ª Bienaventuranza, a raíz de la parábola del 'hijo pródigo', por la tarde me comenta: "*Adolfo, a mí me pasó lo mismo. Cuando yo volví a mi casa, alguno de mis hermanos me decía: '¿Y tú qué haces aquí? ¿No te habías ido?'*"³ En efecto, todo lo que oía lo confrontaba con la vida. Cuando empezamos los EE, ella repetía: "*Yo sigo, Adolfo, porque esto sirve para la vida*". Lo que no podía encarnar, perdía relevancia, desaparecía de su vida.

² No es otra cosa que el dicho (59) de san Juan de la Cruz: "*A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar como Dios quiere ser amado...*", que es dando respuesta al necesitado que se me cruza: "*...tuve hambre... tuve sed...*" (Mt 25,35-36)

³ En efecto, ya vimos cómo se había ido de su casa, pasado por varios 'centros', escapándose del último quedándose con una tía por la zona de Almería, volviendo finalmente a su casa.

Es decir, lo que, para nosotros que hemos recibido una ‘formación’, es más problemático -cómo hacer vida lo que decimos-, para las personas que han tenido que ‘buscarse la vida’ sólo escuchan lo que es vida. El descubrir que situaciones por las que ella había pasado aparecían en el Evangelio era lo que le atraía. ¡No es mala disposición para creer en una fe religiosa en la que lo nuclear es la **encarnación**! Esto me ha llevado a afirmar repetidamente que: “Lo más indecente para un cristiano es el ‘espiritualismo’”. Si algo me han enseñado las personas con las que he convivido es a nunca dar la espalda a lo ‘obvio’. Es a lo que hay que responder.

Collado mediano: su experiencia ‘mística’

Pero lo más importante para ella en aquel retiro fue lo que yo denomino con toda razón ‘su experiencia mística’. Empecé aludiendo a ella, porque no sólo fue el punto de arranque de una vida tan dura y al mismo tiempo tan rica, sino el referente constante hasta su muerte. La contundencia de dicha vivencia no puede equipararse con ninguna otra. Para entender lo que quiero decir, hay que explicar en qué consiste lo que llamo ‘experiencia mística’.

El término ‘mística’ remite tanto a lo más sublime como a lo más despectivo. Remito a mi trabajo sobre **Fe y mística** donde desarrollo su alcance cristiano de la mano de **san Ignacio** y de **santa Teresa**. Sin embargo, voy a aportar algunas afirmaciones sobre el tema de **K. Berger** en su libro **Jesús** que pueden ayudarnos. Pondré entre paréntesis la página.

- la mística cristiana

El autor alude al término a propósito algunos relatos del **NT**, en particular de la Transfiguración o cuando Jesús anda sobre el agua, y afirma: “Sostengo la tesis de que lo que aquí llamo ‘**hechos místicos**’ son acontecimientos **reales** a los que corresponden determinadas **experiencias**. Estos hechos **no son privados, subjetivos, racionales, imaginarios o alucinatorios** (patológicos). Sus presupuestos son, hasta cierto punto, factibles; ellos mismos, sin embargo, son **dados por gracia** al ser humano.” (24) (La negrita es mía)

Es decir, habría que decir, que la **mística**, por lo pronto, nunca es una idea, sino un ‘hecho’, una ‘experiencia’, con una contundencia de realismo ausente en lo cotidiano. Esta contundencia no radica en absoluto en ningún tipo de ‘privacidad’ y menos aún ‘subjetividad’, porque ante todo es algo que se impone, y no por su solidez ‘racional’, por su riqueza ‘imaginativa’ y menos aún por un desvarío patológico –‘alucinatorio’-, y, lo más importante, la persona se siente potenciada en sus capacidades naturales, pero desde la sorpresa. Es lo que san Ignacio formuló magistralmente: “**sin causa precedente... sin algún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto...**” (EE 330), pero que lleva a una vivencia inaudita: “**sin dubitatar ni poder dubitatar**” (EE 175).

Pero quiero añadir otras aportaciones de Berger que van a ayudarnos para entender lo que quiero decir: “*La exégesis moderna... cree que puede comprender a Jesús –...- prescindiendo de la mística, porque no sabe qué hacer con las categorías ‘mística’ y ‘experiencia mística’. A mi juicio, la dimensión de la realidad que se abre a través de la ‘mística’...* [es]

algo objetivo que, sin embargo, no es universalmente accesible, ni objetivamente reproducible o repetible. La mística parte del fundado supuesto de que la realidad es más abarcadora de lo que la ciencia (de la naturaleza) está en condiciones de constatar..." (64-68)

Esto es lo que lleva a **san Ignacio** a decir: "*Si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente **por lo que ha visto***" (**Autobiografía** 29), y a **santa Teresa** confesar sorprendida: "*...y es así cierto con verdad, que jamás pensé **había otra manera de oír ni entender** hasta que lo vi por mí...*" (**Vida**, XXV, 9)

Pero sigamos con **Berger**: "*...La realidad tiene una dimensión mística, no reducible a lo socio-histórico, una dimensión autónoma para la que rigen criterios y reglas propios... La transfiguración de Jesús es una típica experiencia mística. El hecho de que no pueda ser reconstruida con los medios modernos no legitima, sin embargo, su reducción a mero contenido simbólico... no tengo la transfiguración por una realidad investigable por la física, y tampoco hago de la "fotografiabilidad" potencial la norma de lo que considero real. A mi modo de ver, se trata de una experiencia en el espacio y el tiempo, pero en el límite de éstos, ya que este suceso no puede explicarse con los medios de la causalidad. La transfiguración de Jesús es, en cierto modo, el avance de lo que nos aguarda a todos los cristianos...*" (69-70)

Importante texto: '*La realidad tiene una dimensión mística...*', aunque no sea posible explicarla '*con los medios de la causalidad*', y el remitir la experiencia de la transfiguración al '*avance de lo que nos aguarda a todos los cristianos*' me resulta sumamente sugerente. San Pedro, en su segunda carta alude a: '*conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas ingeniosas, sino después de haber visto con nuestros propios ojos su majestad. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: «Este es mi Hijo amado en quien me complazco.» Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo.*' (1,16-18). Remite a lo que ha 'visto' y lo que ha 'escuchado', '*no siguiendo fábulas ingeniosas*'.

Pero más adelante, **Berger** vuelve a llamar, tanto la transfiguración como Jesús caminando sobre las aguas, 'experiencia mística': '*Evidentemente, tanto en la transfiguración como en el episodio en el que Jesús camina sobre el agua, se trata de lo que podríamos calificar de experiencia mística*' en cuanto '*no es explicable por la biología y la física*'. Pero no es una '*alucinación, sino algo que se ve a simple vista*' (83). De nuevo, no poder explicar ni comprobar, no quita realidad y contundencia a dicha experiencia, dejando una huella no comparable con ninguna otra.

Pero **Berger** va más lejos: "*Sólo a una religión ayuna de toda mística puede ocurrírsele la idea de que el acto de fe constituya una suerte de ética o doctrina... Orar es la aceptación viva de una presencia divina, así como la forma de entrar en contacto con ésta.*" (137) Esto encaja perfectamente con la peculiaridad de la fe cristiana como **encuentro personal**.

Por eso, distingue perfectamente la mística cristiana de otras místicas, más ligadas al origen de la palabra -de «myein», 'cerrar los ojos'-. En efecto, "*el cristianismo es la religión de la sobria vigilancia. Escapar, desensibilizarse: ninguna de las dos cosas está permitida... Aquí tenemos también el nítido criterio del discernimiento que nos permite distinguir la medi-*

tación cristiana de la propia del oriente asiático: la primera es vigilancia concentrada al máximo, la más intensa percepción de la realidad; la segunda, por el contrario, des-yoización, disolución del individuo en el *Todo-Uno*" (369). Oportuna advertencia en un contexto denunciado repetidamente por el papa **Francisco** como es la '*fascinación del gnosticismo*' o el '*neopelagianismo prometeico*' (EG 94). La fe cristiana es **encuentro personal**.

Y más adelante vuelve a denunciar la tentación de convertir la fe cristiana en una '*ética o doctrina*': "*Desde la Ilustración y en el siempre en boga populismo neo-ilustrado, se ha convertido en algo habitual despojar a Jesús de toda referencia mística, retratarlo como un hombre bueno, heraldo del humanitarismo y la filantropía tolerante y, recauchutado de esta manera, ofrecerlo de nuevo a un público secular que aplaude en señal de aprobación*" (403). Es el riesgo que ya **Lewis** denunciaba en 1941 en la carta XXIII de su libro "*Cartas del diablo a sobrino*".⁴

K. Berger aclara su denuncia: "*La razón y la moral apacible han de ser limitadas... Porque la Biblia no trata en primer lugar de ellas, sino de apocalíptica (el fin del mundo), de mística (contacto con el ámbito invisible de Dios) y, por encima de todo, de Dios y, con ello, de lo incomprendible y misterioso, que es lo más importante. Yo quiero traer a colación la Biblia... como elemento perturbador de nuestras continuas tentativas de utilizar sus textos a modo de cantera para nuestro humanitarismo*" (404), o la apuesta de **Lewis**: es la experiencia '*mística*' -la '*devoción*', la '*adoración*'- la que transforma. Al '*personaje histórico*' nos remitimos, pero no nos cambia.

Volviendo al relato de Jesús andando sobre las aguas, **Berger** comenta: "*...con ocasión de este suceso, los discípulos viven una experiencia mística de sumo valor, una experiencia de quién es Jesús. Tal experiencia está ligada, como la transfiguración, al cuerpo de Jesús. A las personas actuales, esto nos desconcierta. Cuando queremos saber quién fue Jesús, hablamos sobre 'títulos'. «¿Era Jesús el Hijo de Dios?», preguntamos. En esta narración no se menciona título alguno. De modo análogo a la transfiguración, algo ocurre con el cuerpo de Jesús.*" (581-582) La experiencia mística no es ni simbólica, ni ética, ni doctrinal, sino **real**.

Pero da un paso más y se pregunta a qué se debe el éxito de las '*místicas holísticas orientales*', y lo compara al enfrentamiento de curanderos con la medicina, "*al igual que la pseudo-religión es tan antigua como la misma religión. El esoterismo se muestra insolente y avispado siempre que, en el núcleo de la religión, Dios es confinado al más allá...*" (614) ¿No es esta la tentación del '*gnosticismo*'?

Pero su reflexión culmina con la escena de Jesús resucitado ante el Tomás incrédulo: "*En el dramatismo del relato, el impulsivo desafío de Tomás se transforma al punto en un súbito derrumbe: «¡Señor mío y Dios mío!», confiesa el apóstol... En este sentido, la resurrección de Jesús es la tarjeta de visita de Dios...*" Y relaciona el relato con la objeción de la exé-

⁴ En resumen, denuncia la obsesión por recuperar al '*Jesús histórico*', lo cual llevaría a que: 1º) Todos esos jesuses históricos son ahistóricos; 2º) Tiene que ser '*un gran hombre*'; 3º) Destruir la vida devocional: te quedas con un líder aprobado por un partido y luego con un personaje destacado por un historiador; 4º) Nadie se ve arrastrado hacia Jesús por la mera biografía. Sólo un hecho (la Resurrección) y una doctrina (la Redención) actuando sobre el sentimiento del pecado.

gesis moderna: “manipulación, pensamiento desiderativo, fraude de sacerdotes en pro de la propia carrera, el cristianismo como una ideología acabada. La duda de Tomás va enteramente en esta misma dirección: se atreve a rechazar como ‘inverosímil’ la experiencia comunitaria de los discípulos con el Señor amado. También en lo que atañe a la estructura se asemejó su argumento a la moderna investigación sobre Jesús. Y es que dice: «Si no veo..., no creeré» (Jn 20, 25). Traducido al presente, esto significa: sólo Jesús es normativo, sólo él podría serlo; de las afirmaciones de los discípulos, aunque sean unánimes, no hay que fiarse en absoluto. De modo análogo, la investigación sobre Jesús lleva dos siglos contraponiendo el Jesús supuestamente ‘real’ y lo que la Iglesia, de manera que se tilda engañosa, ha hecho de él. Se quieren saber las cosas a través del mismo Jesús; y a los discípulos, a la ‘comunidad postpascual’ y a la Iglesia, no se les cree ni una palabra... «Porque me has visto has creído ahora; dichosos los que en el futuro crean sin haberme visto»... Por tanto, en la aparición del Señor a Tomás se trata de la pregunta fundamental por la credibilidad del testimonio de los discípulos... La fe se basa en el testimonio; y si éste no es veraz, sino que ha sido manipulado, entonces todo es un cuento chino...” (643-644)

Y es que este encuentro con Dios supone una ‘transformación’, es decir “que no se trate sólo de un acontecimiento jurídico (justificación), ni sólo de un acontecimiento personal (confianza)”, sino de un acontecimiento “tan radical, de hecho, que no cabe entenderla con las convencionales categorías cotidianas, sino que únicamente resulta accesible en la experiencia mística. La distancia entre Dios y el ser humano es mayor de lo que se pensaba. Tampoco a este respecto es el cristianismo simplemente un ‘asunto del todo razonable’.” (682)

- Resumiendo

Estas aportaciones de **K. Berger**, avaladas por las vivencias de **san Ignacio y santa Teresa** -**Tema IV** sobre la fe- podemos sintetizarlas en las siguientes características:

- el **hecho místico** es ante todo **real**: se trata siempre de una experiencia,
- que ha sido **sorpresiva** –«sin causa precedente»-: no se puede ‘provocar’, es puro don,
- cuyo realismo deja una **huella permanente** –‘sin dubitar ni poder dubitar’-,
- que **no es ‘simbólica’**, pero imposible de acceder a ella ni física ni ‘fotográficamente’,
- siempre vivenciado como **presencia** que pone en juego toda mi realidad personal,
- que suscita ‘**devoción**’ y ‘**adoración**’, no mera admiración -curiosidad-,
- que no confina Dios al más allá, sino que **deja ‘dejos’ (santa Teresa)**,
- abriendo a la ‘**creencia**’ -‘contar con’-: al **testimonio**, no a la explicación -**Tema 0** fe-,
- en una palabra, no es un acontecimiento jurídico ni estrictamente personal, sino radical y transformador **en el límite del tiempo y del espacio** -sin dar la espalda a la realidad no agobia, sin salirse del tiempo no teme un futuro incierto-.

He destacado en negrita los rasgos que avalan una experiencia como ‘hecho místico’, imposible de abarcar o explicar, al mismo tiempo que tampoco podemos negar.

- Su vivencia

En efecto, he creído necesario todo lo dicho para delimitar el '*hecho místico*' antes de contar lo que ella experimentó en **Collado Mediano**.

Una mañana, después del desayuno, estaba fregando los platos y yo enjuagando a su lado y me dice: "*Adolfo, mira lo que me ha pasado esta noche. He soñado que estaba en un jardín, donde había perales y otras frutas. Allí se estaba muy bien y experimentaba una alegría distinta a todas las que yo había experimentado antes, y una paz y una serenidad que allí me hubiese quedado. Ninguna cosa me asustaba.*"

De hecho, siempre que aludía a esta experiencia, se le iluminaba el rostro y no precisamente de añoranza sino como a un referente indiscutible que no podía poner en duda. Habría que decir que su peculiaridad radicaba en lo inesperado del hecho –'*sin causa precedente*' (EE 330)- en su rotundidad –'*sin dubitar ni poder dubitar*' (EE 175)-, y en los '*dejos*' que dejaba -usando el término de **santa Teresa**-. Era un '*referente*' más **real** que ningún otro recuerdo.

Lo que yo intento torpemente transmitir, ella lo recordaba con una frescura y una precisión que motivó que, en más de una ocasión, le pidiese que lo escribiera. No lo conseguí, como, al parecer, también destruyó unos cuadernillos donde ella iba anotando vivencias de los retiros que cada año hacía. Como iremos viendo, esta fue una actitud permanente a lo largo de su vida: odiaba cualquier protagonismo. Creo no equivocarme al afirmar que ha sido la persona más alérgica a cualquier tipo de lucimiento o engreimiento. Esto hay que ligarlo a la '*gran persona*' que fue, no lo que solemos decir una '*gran personalidad*'.

Volviendo, pues, a todo lo dicho acerca del '*hecho místico*', hay que reconocer que su experiencia de Collado Mediano encierra todos los rasgos que la mística cristiana requiere:

- no fue algo pretendido o buscado, sino pura **sorpresa**: «*sin causa precedente*»,
- cuya **contundencia** superaba cualquier otra experiencia: «*sin dubitar ni poder dubitar*»,
- de tal forma, que «*si no hubiese Escritura...*» (**san Ignacio**) o «*jamás pensé había otra manera... de entender*» (**santa Teresa**), es decir, se convirtió en **referente** hasta su muerte (como veremos)

Es decir, algo que se percibe como puro regalo **-don, gracia-**, por tanto, inmanipulable y, menos aún, alcanzable por alguna táctica o estrategia,⁵ que daba respuesta a su realidad personal como **totalidad** sin excluir ninguna dimensión, vivenciada con tal **plenitud** que ninguna vicisitud podía perturbar -ni miedos ni deseos-.

Pero aquel retiro posibilitó otra experiencia decisiva en su vida:

Collado Mediano: «Yo quiero hacer eso que está haciendo la Lorena, que me ha dicho que es una cosa que sirve mucho para ayudar a los demás».

⁵ Cuántas veces ella se hacía eco, después de conocer los EE de san Ignacio, de la segunda regla de discernimiento de 2ª Semana: '*porque es propio del Criador, entrar salir, hacer moción en ella...*' "*¡Cuánta razón tiene san Ignacio cuando dice que entra y sale cuando quiere y como quiere!*", repetía en situaciones de oscuridad.

En efecto, terminado aquel retiro, al pasar por Madrid fuimos a ver una película – **'Tomates verdes fritos'**-. Cayó a mi lado y, antes de empezar la película, me dice: *"Adolfo, yo quiero hacer eso que está haciendo la Lorena que me ha dicho que es una cosa que sirve mucho para ayudar a los demás"*. La 'definición' de EE que entre las dos gitanas formularon no podía ser más ignaciana. Es la respuesta del propio san Ignacio al P. Miona.⁶

Y así empezó todo. Como vemos el retiro en el que descubre que el Evangelio tenía que ver con su vida -no precisamente 'edificante'-, la experiencia sorprendente de aquella noche en la que había vivido algo difícil de describir como de desmentir y que desbordaba todo lo imaginable, y la petición de querer hacer algo *'que sirve mucho para ayudar a los demás'*, van a suponer un punto de arranque que no conviene olvidar.

Pretendo, pues, resaltar que esta vivencia, puro regalo de Dios, fue la clave de su vida, pero, al mismo tiempo subrayar que serán los Ejercicios espirituales de san Ignacio los que le ayudarán a dar nombre a todo su proceso y, sobre todo, a *'preparar y disponer su ánima'* - usando las palabras de EE 1-, de cara a una vida tan dura como fue la suya. Más aún, si al empezar los EE decía: *'Adolfo, es que esto sirve para la vida'*, pasados los años, aludiendo yo a su afirmación, ella la modificó: *"¿Cómo que sirven para la vida? ¡Es que son la vida misma!"* Esta fue su fe: su vida misma.

Es lo que pretendo compartir. Así como en el Evangelio se nos dice que *"por sus frutos los conoceréis"* (Mt 7,20), lo que más agradecemos los que la conocimos, fue su vida, los 'frutos' de ese encuentro con el Señor que ni ella sabía describir, pero que no podía negar.⁷

Comienza el proceso de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola: "¿Esto qué quiere decir?"

En efecto, comenzamos los EE en el viaje en tren a **Valencia (Barrio del Cristo)** para asistir a los votos de María Colmenero -la religiosa que me había ayudado años atrás a redactar los primeros apuntes sobre EE-. Se habían conocido en el retiro de Collado Mediano y cuando se enteró que en octubre iba a hacer sus últimos votos, mostró su interés en acompañarla. Yo le dije que si su padre daba permiso, que se viniese conmigo.

El padre consintió⁸ y en el viaje empezamos a ver las **Anotaciones**. Como es natural yo usaba los apuntes que con **María Colmenero** había podido elaborar no hacía tanto tiempo.

⁶ Carta escrita desde Venecia el 16 de noviembre de 1536

⁷ Es la misma experiencia que hace a santa Teresa de Jesús decir: *"...jamás pensé había otra manera de oír ni entender hasta que lo vi por mí..."* **Vida**, cap XXV, 9

⁸ Aquí quiero referir algo importante. La confianza que iba surgiendo con su familia. Hacía algún tiempo que su padre se venía conmigo a trabajar en las chapuzas que surgían. Además, ya había empezado a trabajar en la vendimia con ellos y ella misma había ido de 'espuerta' conmigo. El hecho de dejar a su hija -tendría unos 18 años-, suponía un grado de confianza notable. Pero es que ocurrió algo que me llenó de alegría. Al ir a recogerme a mi casa con la furgoneta que tenía para llevarnos al tren, nos cruzamos con otro gitano -Bernardo- que le preguntó: *"¿Qué haces aquí?"*, a lo que el Juan le responde: *"A recoger a Adolfo que se va con mi hija a Valencia"*. Esta conversación casual supuso para mí una gran alegría. Confesar al otro que dejaba a su hija ir de viaje conmigo, no sólo indicaba el nivel de confianza personal en mí, sino que el otro podía entenderlo.

El problema estaba en que dicha redacción se había elaborado para acompañar a dos universitarios que me habían pedido hacer el proceso. El lenguaje, por tanto, suponía un nivel cultural más bien alto. Esto hacía que desde el comienzo eran continuas las preguntas: “*Y esta palabra ¿qué quiere decir?*”. ¡No se enteraba de nada!

Por otro lado, el ritmo para vernos no lo establecimos, sino que ella cuando había terminado de trabajar cada tema me avisaba para vernos de nuevo. El ritmo, por lo tanto, lo decidía ella. Esto hacía que las entrevistas se distanciasen cada vez más, al mismo tiempo que cada vez preguntaba menos acerca de palabras que no entendía. Esto me llevó a sospechar que ni leía los apuntes que le entregaba y, en el fondo, que aquello era demasiado para ella. Sin embargo, siempre he tenido claro que no debía ser yo el que dijese: ‘Esto no es para ti’, sino que ella misma decidiese.

Elaboración de nuevos apuntes de EE: “*Esto no sirve para nada...*”

Como he dicho, el ritmo era desesperadamente lento. Tan lento, que a los dos años justos (julio de 1990), íbamos por el segundo ejercicio de **1ª Semana** (proceso de los propios pecados). Eso sí, habíamos visto ‘*modos de orar*’ y ‘*discernimiento*’.

Aquel año fuimos a **Benarrabá** (pueblecito de la Serranía de Ronda). El grupo que otros años solía ir falló casi en su totalidad y sólo estábamos **María Armada**, ella y yo en la casa parroquial del pueblo. Habíamos quedado a las 10 de la mañana en la sacristía para seguir. Tenía abiertos los apuntes por donde íbamos y al llegar yo los cierra y me dice sin más: “***Adolfo, esto no sirve para nada. ¿En quién estabas pensando cuando escribiste esto? Pero sirve lo que hablamos. Hay que hacer otros apuntes.***” “*Pues en ti no*” y aludí a los dos universitarios que ella conocía que iban por el barrio. “*Pues servirá para ellos, pero son palabras muy técnicas y no se entienden*”.

He destacado en negrita la frase, porque ha sido un momento clave en mi vida. Es un privilegio encontrarse con una persona que, no sólo es capaz de decirte que ‘no sirve para nada’ lo que tú has elaborado con cariño e ilusión, sino, lo más importante, que proponga que hay que elaborar otros apuntes y se preste a hacerlo, como fue en su caso. Lo normal es rechazar sin más lo que no vemos, pero en absoluto plantear cómo corregir lo ‘ininteligible’.

Esta conversación fue en agosto. En octubre, después de volver de la vendimia quedamos en empezar. Pronto descubrimos que necesitábamos tiempo para poder hacer algo y decidimos dedicar los fines de semana y poder así tener por delante tiempo suficiente para elaborar algo que continuamente tenía que ser contrastado. Para garantizar que los fines de semana fuesen sin interrupciones, decidí responder a quien me pidiese algún retiro en fin de semana que estaba en ‘año sabático’ y no sólo me respetaban sino hasta ‘pedían por mí’. El problema es que no fue un año, sino más de dos y medio.

El método era el siguiente: partir del texto ignaciano, empezar yo a comentar el problema que planteaba y cuando ella decía: “*O sea que...*”, lo que ella formulaba con su lenguaje yo lo escribía, o bien porque sencillamente ella decía que entendía mi explicación.

Como podemos ver, el método era bastante lento. Sólo parábamos para comer. Hubo días que trabajamos hasta once horas. Los dos recordábamos aquellos dos años y pico como una gozada y un privilegio. De hecho, muchos hallazgos de lo que el texto encerraba los descubrí con ella. El hecho de no poder dar nada por supuesto, lo convertía todo en búsqueda. Cuando dispones de más conocimientos y recursos, terminas manejando tópicos y repitiendo lo de siempre, pero la búsqueda desaparece por completo.

Lo que más siento es no haber podido grabar algunas de las conversaciones que teníamos que al final terminaban en la redacción que conocemos, redacción que pasábamos a **Lorena** -gitana que estaba haciendo EE- y mandábamos a Sevilla a **Rafa y Asun** que vivían en un barrio marginal, para que confirmasen que lo escrito se entendía.

Y aquí tengo que aclarar que nuestra búsqueda cambió pronto. Al comienzo, era yo quien dudaba que íbamos a sacar algo válido. A lo más una especie de ‘divulgación’ al alcance de quien ‘no daba más de sí’. Esto supuso que al trabajar el comienzo -las **Anotaciones**- me saltase comentarios, a mi entender, más complicados. Pero llegamos al **Primer modo de orar** y, si no entraba a fondo en la problemática que planteaba el documento, la estaba engañando. Esto hizo que la búsqueda se hiciese más lenta aún. Había que explicar cada paso y encontrar términos e imágenes que ella entendiese.

Este fue un gran descubrimiento. Era más un problema de ‘pereza’ personal que un problema objetivo. Es más fácil echar la culpa a la ‘falta de formación’, que esforzarse por explicar. Se trataba de un falso supuesto. Sin ser conscientes, identificamos inteligencia con ‘formación’ y tratamos a quien carece de ‘estudios’ poco menos como ‘deficiente’. Sin embargo, **todos tenemos inteligencia**, con la diferencia de que unos la usan y otros sólo la tienen. Y ésta no se mide por los ‘logros’ de una rica ‘formación’, sino que es **capacidad disponible** y el gran logro es **ejercerla**.

El contexto en el que me he movido, me ha llevado a comprobar cómo personas prácticamente analfabetas tienen una inteligencia más despierta que personas con un ‘currículum’ envidiable, que no pasan de auténticos ‘discos duros’, que te escupen el ‘archivo’ que les pides, pero no esperes más.⁹ Existe el riesgo de convertir la ‘formación’ en fábrica de ‘discos duros’ que repetirán mecánicamente los ‘archivos’ que les hemos incorporado, pero incapaces de buscar, de hacerse cargo de la realidad porque son incapaces de acceder a ella.

‘...pero la vida es la misma.’

A partir, pues, del **Primer modo de orar** los apuntes que elaborábamos decían lo que había que decir. Esto supuso que, al terminar el comentario, tuvimos que rehacer el comienzo -las **Anotaciones**-. Más aún, los apuntes que más se utilizan para acompañar son los de la Mari, como también los que se han traducido al francés y al portugués.

Pero llegó un momento en que comenté con ella esta sorpresa. Llevábamos unos diez meses trabajando -de fin de semana en fin de semana, como dijimos-, y le digo: “*Mari, estoy*

⁹ Es la sugerente distinción de Ortega y Gasset, entre **Intelectual** y **pseudo-intelectual**. El primero es capaz de sorprenderse y buscar, el segundo vive de ideas que ninguna es suya. (Cfr. **Tema 0** sobre la **fe**)

sorprendido". "¿De qué?", me responde. "Que yo creía que no íbamos a encontrar palabras para decir lo que había que decir." "Tú eres tonto, Adolfo -responde con el desparpajo que le caracterizaba-. Tú sabes que las cosas se pueden decir de muchas maneras, pero la vida es la misma. Porque yo he trabajado con muchas 'señoricas' y, a veces, me decían: 'Me pasa...', y usaban una palabra muy rara, pero tú sabías lo que le pasaba." Sin saberlo, formuló uno de los cuatro principios que el **papa Francisco** recuerda de cara a posibilitar el 'bien común' y la 'paz social': «La realidad es más importante que la idea» (EG 231-233).

Ahora podemos entender lo sorprendente de nuestra búsqueda. No podía dar por supuesto nada. Lo que yo daba por sabido, ella me forzaba a explicarlo y, con frecuencia, el resultado era, no sólo encontrar expresiones más ricas que las 'tópicas', sino, lo más importante, la posibilidad de descubrir su verdadero alcance. Intentaré recordar alguno de estos hallazgos. Yo me movía en las 'ideas', ella me esperaba en la **vida**.

Este fue un tiempo inolvidable, no sólo para mí, sino para ella. ¡Cuántas veces lo recordamos como algo irrepetible! Lo que suponían aquellos fines de semana intensos llenos de búsqueda y sorpresas era tema de conversación con todas las personas cercanas.

Una de estas personas era mi amigo Ignacio Iglesias, jesuita que había tenido responsabilidades importantes en la Compañía de Jesús y en aquel momento encargado de organizar los encuentros anuales en Monte Alina sobre EE. De vez en cuando, cuando pasaba por Madrid, iba a verlo. En una de estas conversaciones le comenté lo que estaba viviendo. Me propuso por qué no compartía mi experiencia en la siguiente reunión de Monte Alina. Yo le dije que iría con gusto, pero si venían conmigo las dos gitanas protagonistas de lo que estaba viviendo, Lorena y la Mari. Le pareció bien y allí que fuimos los tres.

Teníamos veinte minutos para intervenir. Decidimos tener cada uno siete minutos. Yo empezaría contando mi sorpresa al descubrir los EE como un proceso, lo que me había llevado a empezar a acompañar y, posteriormente, a elaborar unos apuntes que ahora estábamos reelaborando con la Mari para hacerlos más asequibles. Después que siguiese la Lorena, contando lo que habían supuesto para ella, para terminar la Mari con su propuesta de hacer otros apuntes.

Cuando nos reunimos los tres para ver cómo lo hacíamos, yo les comenté: "Una cosa que no se os puede olvidar decir es algo que las dos habéis comentado, que esto «sirve para la vida»." Fue aquí cuando la Mari comentó: "¿Cómo que sirve para la vida? ¡Es que esto es la vida misma!"

Pues bien, después de nuestra intervención, donde la Lorena, por ejemplo, comentó: "Lo que más me ha gustado ha sido la Primera Semana", afirmación que sorprendió a más de uno que a veces no sabía qué hacer con dicha. La Mari expuso cómo ella no entendía el vocabulario, pero servía lo que hablábamos y, por eso, estábamos haciendo otros apuntes.

Terminada nuestra intervención, se formaron dos corrillos en torno a cada una de ellas antes de marchar de vuelta para Granada, pues teníamos trabajo los tres al día siguiente. Me acerqué al corrillo de la Mari y alguien -allí no sólo había jesuitas, sino religiosas que también acompañaban en EE- le dijo: "¿Cómo vosotras, sin estudios, os lanzáis a dar EE?", a lo que la

Mari respondió con todo el desparpajo que le caracterizaba: “Y qué estudios tuvo Jesús”... Nunca se acomplejó.

La lástima fue que no pudiésemos quedarnos aquella noche, pero despertaron más interrogantes las dos ‘gitanas’ que todas las ‘profundas’ reflexiones que allí se habían expuesto. Esto me iba abriendo los ojos de cara a algo fundamental en mi vida, que son los últimos los que nos revelan la sorpresa de Dios. Nuestras reflexiones no pasan de ‘argumentos’, pero ¡Dios es sorpresa!

Pero volvamos a la apasionante experiencia de la elaboración de los nuevos apuntes. Muy pronto nos topamos con un término clave en **EE**: ‘**afectos desordenados**’. Ahí me tenéis desplegando todos mis recursos para explicarle el contenido de la frase. De repente comenta: “O sea, los **enganches**”. Lo que yo manejaba como idea, ella me lo devolvía hecho vida. Pero hay una diferencia notable: la idea tiende a ser ‘clara y distinta’, la realidad siempre está pendiente de hacerse cargo de ella y nunca la agotamos. Constatar nuestros ‘enganches’ da más juego y ofrece más tarea que elucubrar sobre ‘afectos desordenados’.

Otra concreción luminosa que recuerdo, fue en el primer ejercicio de **1ª Semana**, explicando la petición -‘Vergüenza y confusión de mí mismo’-, de repente ella comenta: “Eso es lo mismo que cuando decimos: «Ése es un sinvergüenza», es decir, que ni se pone ‘colorao’.” Caímos en la cuenta que vamos por la vida repartiendo tanta ‘vergüenza’ -‘¡Será sinvergüenza!’, ‘¡No se le caerá la cara de vergüenza!’...-, que nos quedamos sin ella. San Ignacio sugiere que pidamos una poca para nosotros, que no perdamos la capacidad de ‘ponernos coloraos’..., que no es otra cosa que asumir nuestra responsabilidad. Nos ‘ponemos colorados’, quedamos ‘confundidos’ -la otra palabra que Ignacio usa en la petición- cuando nos ‘pillan con las manos en la masa’, sin margen para justificarnos. Si necesitamos que nos ‘pillen’, es que hemos ‘perdido la vergüenza’.

Pero el enriquecimiento era recíproco. Recuerdo la sorpresa que supuso para ella enterarse que el pecado no era ‘decir picardías’, sino -como ella formulaba- ‘hacer daño a los demás o a uno mismo’. ¡La de veces que le oí comentar en conversaciones este descubrimiento! Pero todos sus descubrimientos eran **realidades**, estaban encarnados, nunca eran ‘ideas’.

Ahora bien, sus aportaciones no se reducían a encontrar palabras más expresivas y cotidianas sino a enriquecer el alcance de los distintos pasos del método de los EE. Algo que desde el principio tuvimos muy presente fue hacer ver que los **EE** eran un proceso, y que cada **Semana** tocaba un problema que preparaba para el siguiente. Es decir, la vida estaba llamada a ser proceso, no anecdótico; sólo entonces se convierte en biografía.

Pero para que la vida sea proceso ha de intuirse una meta, un ‘para’, que ella descubrió en el **Principio y Fundamento**. Una de las cosas que más se le grabaron fue el ‘**para** del **PF**’, contrapuesto al ‘**estímulo-respuesta**’. Empezamos, en nuestra infancia, siendo el centro -¡y tenemos que serlo!- y vivimos desde el ‘estímulo-respuesta’. En efecto, lo que en esta etapa manda es el ‘capricho’, pero, si queremos dar vida y que ésta nos llene, tenemos que

cambiar nuestra vectorialidad¹⁰ y buscarnos un 'para'. La de veces que le oí comentar: "¡Ése no ha salido del 'estímulo-respuesta'!"

Ante salidas de la Compañía de Jesús de compañeros jesuitas -que conoció varias- siempre comentaba: "¿Y es que no había elegido según el 'para del PF'?" Fue una mujer de decisiones. La que no pudo tener 'caprichos' de niña, todo lo convirtió en respuestas a realidades que se le imponían.

'...dolor con Cristo doloroso...' (EE 203)

En efecto, la dura realidad que le tocó vivir -¡nunca privilegiada!-, me confrontaba a perspectivas que yo no había vivido. El texto ignaciano provocaba en ella conexiones que no sólo me interpelaban sino, algo más importante, replanteaban e integraban experiencias propias que no habían pasado de la mera anécdota. La elaboración de los apuntes se iba convirtiendo en la trama donde se engarzaba mi vida. La dinámica de los EE, vivenciada por aquella criatura, me descubría que la vida está llamada a ser proceso para convertirse en 'biografía', de lo contrario, carece de argumento y no pasa de un aburrido anecdótico.

Lo que estoy queriendo formular tiene gran importancia, no sólo para mí, sino para el contexto que nos rodea. La obsesión por aislar el presente -cuyo protagonismo no podemos discutir: no podemos salirnos de él-, tiene el peligro de ponerle 'corchetes', y entonces se agota en sí mismo perdiendo su identidad y su importancia. El **presente** es **humano**, cuando está en conexión con el **pasado** y cargado de la responsabilidad del **futuro** que la inteligencia nos proporciona. Es verdad que el futuro lo desconocemos -y aquí entra lo que llamamos 'suerte'-, pero el futuro es también consecuencia -y ahí entra la inteligencia-.

Pero, tanto las **experiencias** como, sobre todo, las **consecuencias** no pueden desconectarse de la **realidad**; de lo contrario, no pasan de 'teorías', que convertimos en 'ideologías'.¹¹ Por otro lado, la realidad nunca se agota en mí, trampa que el subjetivismo y narcisismo parecen ignorar. Es verdad que la experiencia siempre es subjetiva -la tiene el 'sujeto'-, pero la inteligencia avisa que toda perspectiva subjetiva está llamada a ser objetivada, aunque sepamos que es imposible conseguirlo a la perfección, pero **'la realidad es más importante que la idea'** (EG 231). Dicho de otra forma, la 'experiencia', que es 'mía' -subjetiva-, es de una realidad que 'está ahí' siempre pendiente -lo objetivo-.

El reto es 'tomar conciencia' del problema. Una de las observaciones de **Freud** que más agradezco es su constatación de que el 'inconsciente' es muy gratificante -porque no me entero- pero muy peligroso; la 'consciencia', sin embargo, es muy penosa -me entero del

¹⁰ Esta palabra se la debo a **Julián Marías**. En su libro **Antropología metafísica**, afirma que el ser humano es un ser 'vectorial'. Esto ¿qué quiere decir? Que toda persona tiene unas cualidades -una inteligencia, una imaginación...-, pero que éstas no son precisamente las que la 'definen', sino dónde apuntan. Si alguien es muy inteligente, imaginativo..., pero no es 'buena persona', 'va a lo suyo', nos protegemos de él. En efecto, al nacer, nuestra vectorialidad somos nosotros mismos. Pero esta vectorialidad ha de cambiar si queremos dar vida y no ir de 'aprovechados' -comernos- a los demás. El darnos, nos llena; el ir de 'aprovechados', siempre podría haber sido más.

¹¹ No está mal recordar las **'formas de ocultar la realidad'** que el papa Francisco enumera en **EG 231**.

riesgo-, pero nunca peligrosa. Hoy día, como lo que cuenta es 'estar bien', preferimos, aunque estemos al borde del precipicio, no saberlo en vez de ser conscientes para evitarlo.

Y en este contexto quiero situar su siguiente aportación. Estábamos elaborando los apuntes de la **3ª Semana** y le explicaba cómo la 'pasión del Señor' era la consecuencia de su 'compromiso' en la 'última cena' de dar su vida '*por vosotros y por muchos*' que, convertido en sacramento, nosotros teníamos que '*hacerlo en recuerdo suyo*'. Es decir, después de la **2ª Semana**, que culmina en la '**elección**' -mi modo de seguir a Jesús saliendo de '*mi propio amor, querer e interés*' (EE 189)-, la **3ª** afrontaba las consecuencias de dicha decisión que, si en Jesús fue la 'pasión', en nosotros tenía que traducirse en "*dolor con Cristo doloroso...*" (EE 203) - puesto que nuestra decisión se enmarcaba en su seguimiento-, seguimiento que no se reducía a '**su dolor**', sino que se concretaba en el que "*padece en la humanidad*" (EE 195).

Estábamos viendo la diferencia entre '*dolor con*' y '*dolor por*'. Lo que san Ignacio quiere que pidamos es participar de los dolores que Cristo '*padece en la humanidad*' (EE 195) (no lo que padeció en **la suya**) -'*dolor con*'-, que no es lo mismo que plantearme lo que yo quiero padecer **por** él -que sería '**por** la humanidad'-. En este segundo planteamiento el protagonismo lo tiene **mi** dolor -mi 'heroicidad', mi 'generosidad'-, único contenido de muchos de nuestros 'compromisos'. La petición ignaciana, sin embargo, es más modesta. Es simplemente la consecuencia de seguir a un Jesús encarnado que se identifica con los últimos y desde ahí nos llama (Mt 25, 31ss, EE 98, 147, 167). En este contexto el protagonista es el dolor del que sigo, no el mío.

Pues bien, estaba yo intentando explicarle todo esto y, de repente, ella puntualiza: "***Pero el dolor que está pasando el otro, no el que yo me imagino***". Esta advertencia desencadenó en mí un aluvión de recuerdos e interrogantes.

En efecto, ¡hasta en la 'compasión' puede colarse el protagonismo! y ¡cuántas veces, detrás de nuestros 'compromisos' está nuestro pánico a situaciones que nos vemos incapaces de soportar! La solidaridad cristiana, si no está encarnada, es culpabilizadora. Con frecuencia, nuestras luchas 'contra la pobreza' lo único que ocultan es nuestra mala conciencia o, lo que es peor, nuestro miedo a las consecuencias que lleva consigo, no ya la pobreza extrema, sino la mera frugalidad, pero en absoluto plantean el problema correctamente.

Yo repito que en el Primer mundo es cínico al luchar 'contra la pobreza'. Contra lo que hay que luchar es contra la 'ambición'. De lo contrario, nuestro compromiso no va más allá de la promoción de los demás para yo justificar mis excesos. Desde este planteamiento, los metemos en callejones sin salida -**¡consumismo!**-, en vez de liberarlos. En una palabra, me replanteaba el alcance de la **Encarnación del Hijo de Dios**, clave de mi fe.

El verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14)

Venimos insistiendo que ninguna de sus intervenciones era teórica -'*palabras técnicas*', decía ella- sino desde su realidad. Desde ahí, ella percibía que nuestros 'análisis' eran 'impuestos', en el sentido de que no coincidían con los 'suyos'. Para ella, lo que 'no sirva para la vida' está de más. Y es que, ya sean 'análisis', 'evaluaciones' o 'proyectos', siempre de-

penden de **‘desde dónde se hagan’**. Las circunstancias nos condicionan y dichas condiciones nos modifican. ¿No decía **Ortega y Gasset**: «Yo soy yo y mis circunstancias»?

Pero habría que plantearse qué circunstancias ofrecen más garantías. Suelo repetir que *‘el lugar más bajo es el más universal y el más real’*, y san Ignacio me enseñó que *‘el bien cuanto más universal es más divino’* (Const. S.I. 622). En la medida en que subimos, nos aislamos más y nos separamos de la realidad que damos por supuesta, e incluso *‘exigimos’*, pero somos incapaces de afrontarla y hacernos cargo de ella, sencillamente porque no estamos en ella y no estamos dispuestos a estarlo.

En efecto, en el lugar más bajo todos nos encontramos y nos necesitamos. Los privilegiados se aíslan e incomunican -¡no se necesitan!- y prescinden del entorno: «Ese es su problema», oímos, y a lo mejor repetimos con desparpajo, lo que no pasa de ser una indecencia. Y es que el bajar lo impone la ley de la gravedad y siempre es posible, mientras subir siempre será problemático.

Son, pues, las circunstancias más bajas las que gozan de mayor contundencia. En la medida en que subimos en el *‘estatus’*, vivimos de *‘supuestos’*, que no son reales en situaciones precarias.¹² Sus observaciones, no sólo iluminaban mi futuro, sino colocaban experiencias pasadas que cobraban su verdadero alcance.

Pero, posiblemente lo más novedoso que se estaba produciendo era la conexión de dos mundos que hasta ese momento permanecían separados: por un lado, mi trabajo manual -albañilería, campo- que me ponía en contacto con una realidad que nunca había sido la mía pero que estaba ahí; por otro lado, mi sorpresa ante la espiritualidad ignaciana plasmada en el método de los EE que me lanzó a acompañar en la vida ordinaria. En efecto, eran dos vivencias paralelas, desconectadas entre sí. La primera conexión la posibilitó otra gitana -Lorena- que me pidió le diese los EE, pero se limitaba al esfuerzo por explicarle algunos conceptos y términos, cosa que facilitaba su inteligencia y sensibilidad notables. Pero fue el reto de elaborar los segundos apuntes lo que me planteó dicha conexión como reto irrenunciable.

En efecto, el reto de la elaboración de unos apuntes para dar los EE con un vocabulario inteligible para personas sin ninguna formación y teniendo delante alguien que pertenecía a dicho mundo, posibilitó un *‘encuentro’* que no se había dado hasta entonces. Es decir, no sólo sus aportaciones siempre lúcidas, sino sobre todo su presencia me conectaba con el mundo en el que llevaba años viviendo y, experiencias pasadas, encontraban su verdadero alcance en aquella apasionante búsqueda espiritual que suponía la elaboración de los apuntes.

¹² Recuerdo una discusión con un compañero sobre mis dificultades para conseguir el seguro del campo, que era el más asequible y posible dada mi situación de trabajador en distintas campañas de vendimia, aceituna... Pues bien, frente al *‘tienes derecho a que te firmen’*, estaba una realidad que lo imposibilitaba. Paradójicamente me firmó un señor que tenía *‘campo’*, pero con el que nunca trabajé. Es lo que el **papa Francisco** ha plasmado en un *‘pecado’* -¡ahora que nada es pecado!-: el pecado del *‘habriaquéismo’* (EG 96), es decir, el pecado de vivir de supuestos, cuando la *‘realidad es más importante que la idea’* o, dicho de otra forma, que sólo la realidad es tal, de lo contrario la ocultamos con *‘purismos angélicos’*, *‘nominalismos declaracionistas’*, *‘fundamentalismos ahistóricos’*... (EG 231)

Esto quiere decir que datos ya incorporados como ‘anécdotas’, cobraban un nuevo alcance al descubrirme ella dimensiones del proceso EE, que según ella no sólo ‘servían para la vida’ sino que eran ‘la vida misma’, pero que yo había ‘espiritualizado’. Pongamos ejemplos.

Y comienzo por la primera sorpresa que nos llevamos al empezar a vivir en **Santa Juliana** -un suburbio improvisado en una fábrica de azúcar cerrada hacía más de treinta años-, donde fue alojada una numerosa población gitana. En efecto, en una situación de extrema pobreza -en cuanto ‘carencia’, no ‘marginación’-, constatamos una alegría, un humor y, sobre todo, una capacidad de ‘hacer fiesta’ como nunca habíamos percibido. Careciendo de todo, de repente organizaban una fiesta en la que todos participábamos.

Cuando en las Bienaventuranzas comento la ‘espantada’ del rico ante la propuesta de Jesús -«*Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres...; luego ven, y sígueme*»: “Al oír estas palabras, el joven se marchó muy **triste** porque era muy **rico**” (Mt 19,21-22), afirmo: “Los ricos están ‘preocupados’ e ‘inquietos’ (Mt 6,25.34) y no pueden ‘hacer fiesta’, tienen que comprar diversión.”

Y estoy hablando de una constatación, y las constataciones llegan más lejos que todas las teorías, por muy originales que sean. Más aún, personas mayores que recuerdan aquellos años, echan de menos precisamente, la convivencia que se daba: ‘*Todos contábamos con todos*’, ‘*Las puertas estaban abiertas*’... Y lo curioso es que esta misma constatación la tuvimos en nuestros contactos con los guaraníes **Mby’a** en Argentina.

Esta sorpresa cobró su verdadero alcance con otra aportación suya al elaborar los apuntes sobre las **Reglas** “*para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener*” (EE 352). En este tema las dificultades se multiplicaron: palabras como ‘comunidad’, ‘social’... ni las había oído. Pero su inteligencia enseguida captó el problema y me comenta: “**Adolfo, aquí nos lo jugamos todo**”. “¿En qué sentido?”, contesto. “*Hombre, Adolfo, tú suponte que yo arreglo todos mis ‘enganches’, pero después no sé convivir con los de mi familia, en mi trabajo, con mis vecinos..., pues los amargo y me amargo yo*”.

En aquel momento se me abrieron los ojos: la convivencia no era una tarea más, todo lo importante que se quiera, sino culminación. La madurez de la persona se constata en su capacidad de convivencia. ¡Sin un contexto de confiada convivencia es imposible ‘hacer fiesta’, cada cual ‘va a lo suyo’!¹³

Este dato, pues, de la vivencia gozosa de nuestra dimensión social, va a ser clave en todo lo que sigue. “*No es bueno que el hombre esté solo*” (Gen 2,18), ‘ni la mujer’, sería obligado añadir hoy. La persona ha surgido en la convivencia y crece en ella. En efecto, la frase que enmarca nuestro epígrafe, resalta la individuación de la persona -‘**se hizo carne**’- y la convivencia -‘**habitó entre nosotros**’-. Sigamos, pues, aportando datos que ilustren estas continuadas conexiones de la vida con la apuesta del Evangelio y la dinámica de EE.

¹³ Suelo repetir con frecuencia: “¡Ay de las grandes personalidades! Detrás de toda tragedia hay una ‘gran personalidad’”. Lo que necesitamos son ‘grandes personas’, que no es lo mismo. La ‘gran personalidad’ siempre anula y desertiza el entorno. Las ‘grandes personas’ hacen crecer, dan vida y posibilitan la convivencia. Me asustan palabras como ‘liderazgo’ o ‘excelencia’: ‘protagonizan’ y aíslan.

En la huelga de la Construcción -con manifestación- en Granada el 21 de julio del año 1970, la policía la disolvió y hubo tres albañiles muertos y siete heridos graves. Esto provocó encerrarnos en la Catedral donde permanecemos dos días. En una de las 'asambleas' improvisadas, intervino un albañil con el que había trabajado de peón durante seis meses -**José María Ibáñez**, antiguo anarquista- y dijo: "*El problema es que somos unos 'estomaguistas'*".

Con esta palabra -nueva, pero cargada de contenido- denunciaba una trampa tan evangélica como el "*No sólo de pan vive el hombre*" (Mt 4,4), o la queja de Jesús: "*...me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado*" (Jn 6,26). ¡Cuántas reivindicaciones a las que nos sumamos con fervor ni apuntan al '*bien común*' ni a la '*paz social*', únicos horizontes que dan contenido a la colectividad! El problema es que estas frases tienen alcance cuando se dicen 'desde abajo'; 'desde arriba' son puro cinismo.¹⁴

En efecto, esto lo decía un hombre que percibía un jornal que apenas daba de sí para sobrevivir¹⁵, pero ya hemos visto que en estas situaciones de pobreza real -¡no 'marginación'!-, la dimensión convivencial nunca está ausente, y es ahí donde encontramos la respuesta a nuestra totalidad personal: ¡no somos solo estómago!

En efecto, la intervención de la Mari -«**aquí nos lo jugamos todo**»- me llevaba a preguntarme si mis compromisos partían de unos 'derechos' que yo disfrutaba pero necesitaba 'justificar' para tranquilizarme, o remitían a situaciones que, no eran las mías, pero apuntaban a la raíz del problema. Según ella '*nos lo jugamos todo*', no en resolver **mi** problema, sino posibilitar la convivencia. Si me quedo en el 'estomaguismo', cuando 'llene el estómago' terminaré diciendo: "Ese es su problema", y me quedará tan pancho. Pero sigamos aportando datos.

La segunda experiencia ocurrió dos años después. Yo llevaba trabajando en la construcción desde el año 68. A raíz de la muerte de **Pedro Closa** -compañero que vivía con nosotros con un claro carisma hacia el mundo gitano-, estando en el velatorio, un gitano me propuso:

¹⁴ Creo que puede iluminar el análisis que **G. Lipovetsky** hace de 'mayo del 68' en su libro ***El imperio de lo efímero***: «*El Mayo del 68 encarna en este sentido una figura inédita: sin objetivo ni programa definidos, el movimiento fue la insurrección sin futuro, una revolución en el presente que testimoniaba a la vez el declinar de las escatologías y la incapacidad de proponer una visión clara de la sociedad venidera. Sin proyecto explícito y sustentado por una ideología espontaneista, Mayo del 68 no sino un paréntesis de corta duración... A diferencia de las revoluciones sangrientas cuyo eje era la construcción voluntaria de un futuro distinto, el Mayo del 68 se organizó conforme al eje temporal de la moda... más parecido a una fiesta que a los días que conmueven el mundo. La primavera estudiantil ni propuso ni edificó con seriedad; criticó, discursó, reunió a la gente en las calles y las aulas, perturbó las certidumbres y reclamó "la insurrección de la vida", el "todo y enseguida" y la realización total de los individuos contra las organizaciones y las burocracias. Vivir sin trabas aquí y ahora, en el estallido de las jerarquías instituidas, Mayo del 68 estuvo dirigido por una ideología individualista "libertaria", hedonista y comunicativa, en las antípodas de la autonegación de las revoluciones anteriores. El presente colectivo y subjetivo fue el polo temporal dominante de Mayo del 68, primera revolución-moda en que lo frívolo prevaleció sobre lo trágico, y donde lo histórico se unió con lo lúdico...*» (pp 277-8)

¹⁵ Yo cobraba como peón a la semana, trabajando diez horas diarias y los sábados hasta las 14 horas, no llegaba a las 700 pesetas.

"Adolfo, ¿por qué no te vienes a trabajar con nosotros como lo hacía Pedro?". En ese momento estábamos parados a causa de la grave enfermedad de Pedro que supuso la presencia constante junto a él en el hospital. Era diciembre, lo que posibilitó que me fuera con ellos a la aceituna.

Aquella experiencia me resultó tremendamente enriquecedora. Tanto ellos como nosotros estábamos fuera de nuestras casas. En el barrio, cada uno en su casa, vivía circunstancias dispares. Sin embargo, en este trabajo todo era compartido, porque lo más corriente era estar todos alojados en un garaje. Allí constatabas, por ejemplo, que los niños lloran por la noche... Esto hizo que decidiese acompañarlos en otras campañas.

La siguiente fue la vendimia. Habían dado una fecha, pero dos días antes se presentaron en casa diciendo que teníamos que irnos, porque ya había empezado. Aquel mismo día salimos en el expés a las 11.15 de la noche para Manzanares donde teníamos que esperar un autobús que nos llevase a Villarta de san Juan. Al llegar nos enteramos de que no había empezado la vendimia ni podía empezar porque la Cooperativa aún no había abierto.

Ahí nos tenéis dando vueltas de un sitio para otro. Toda mi preocupación era dónde dormiríamos aquella noche, pues mientras no empezabas a trabajar nadie te daba alojamiento. Volviendo de rebuscar almendras, en un momento en el que iba al lado de un gitano le pregunto, como quien no quiere la cosa: "¿Y dónde vamos a dormir esta noche?". "Pues en la 'posá' de la estrella". En efecto, dormimos al aire libre sin ningún problema. Lo que para mí era 'el problema', la realidad -¡con ellos!- me demostró que no lo era en absoluto.

Pero ese mismo día me enfrentaron a otra obviedad. Volvíamos de rebuscar almendras. Era un día caluroso de septiembre y teníamos sed. A lo lejos, una noria -aún funcionaban con su borriquillo dando vueltas- y allá que fuimos a beber. De camino comento: "Para agua buena la de Granada". Contesta la **Granaína** que iba a mi lado: "¿Buena la de Granada?" "Mujer, no me vas a comparar esta agua con la de Granada". "Y ¿de qué nos sirve la de Granada? Ahora la mejor es ésta."

Estas experiencias, iluminadas con observaciones de la Mari, me abrían los ojos de cara a evaluar, no sólo mis 'solidaridades', sino, en el caso que nos ocupaba, cómo interpretar el 'dolor con Cristo doloroso' - que nos aboca al problema estrella de la fe cristiana: la **encarnación**. Pero una encarnación sin 'mando a distancia', capaz de hacerse cargo de una **realidad** nunca **aislada**, -siempre contextualizada- y **dinámica** -no podemos aislarla en un presente con 'corchetes'-, dimensiones a tener en cuenta si no queremos quedarnos fuera de ella.

En efecto, al no tener en cuenta estas dos dimensiones, todo se convierte en teoría -ideología-, 'logro' muy gratificante al eliminar 'circunstancias' y 'tiempo'. La expresión tantas veces repetida en aquellos contextos de pobreza real, ¡de carencia de todo, no de 'marginación'! -«Buscarse la vida»-, contrastaba con nuestra vivencia de que la vida había que darla por supuesta, tenerla asegurada -«¡Estado de derecho!»-.

Es decir, la realidad que teníamos delante era tan a la intemperie que ni siquiera se enmarcaba en la obviedad de san Pablo en Segunda Tesalonicenses: «*Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma*» (3,10). En efecto, el derecho a un trabajo es algo que nadie

discute. Sin embargo, la realidad de santa Juliana no gozaba ni de esta ‘estabilidad’ necesaria, y la seguridad que proporciona un trabajo estable apenas se daba en alguna familia -trabajadores de la limpieza-. El problema era previo: cada mañana había que «buscarse la vida». Esta provisionalidad no la hubiésemos soportado ninguno de los que cargados de ‘generosidad’ acabábamos de llegar.

Aquí es donde hay que situar el alcance de sus dos aportaciones -«**Pero el dolor que está pasando el otro, no el que yo me imagino**» y «**Aquí nos lo jugamos todo**» (en la **convivencia**)-. Ni aquellas criaturas ‘vivían’, ‘sufrían’ y ‘afrontaban’ el dolor -la dificultad-, como nosotros y, menos aún, la convivencia con la que contaban -¡y que ahora echan de menos!-, era la nuestra. En efecto, las dos aportaciones se condicionaban: vivir el «buscarse la vida» sin angustia -¡podían hacer fiesta, nosotros tenemos que ‘comprar diversión’ porque estamos ‘preocupados’, ‘inquietos’!-, era posible porque contaban con una convivencia, en la que, según la Mari, ‘*nos lo jugamos todo*’. Podían no estar ‘preocupados’ porque sabían que era posible llamar a la puerta del vecino y contar con su ayuda. Es al pie de la letra: «*buscad el reino de Dios y su justicia -contar con una convivencia real-, y todas esas cosas se os darán por añadidura*» (Mt 6,33).

Es decir, su planteamiento no coincidía con el nuestro, que exigimos un ‘estado de derecho’¹⁶. Ellos contaban con una convivencia y carecían de la ‘preocupación’ y la ‘inquietud’ del que tiene mucho y puede perderlo, porque no podían acumular, sino tenían que ‘buscarse la vida’. Ellos vivían los problemas con los demás -porque ‘todo nos lo jugamos ahí’-, nosotros aislados, exigiendo unos derechos, porque el único valor es la seguridad individual.

Todos estos interrogantes han encontrado formulaciones notables en la **Evangelii gaudium**: «... sería una falsa paz aquella que sirva como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres, de manera que aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden... La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética» (218)

No se puede formular mejor. Desde hace mucho tiempo yo repetía que para analizar nuestro estado de salud se analizan nuestros ‘detritus’. Es al pie de la letra lo que estamos queriendo decir a raíz de las aportaciones de la Mari, y ahora de la cita del papa: todo análisis que no se haga desde lo más bajo, no es válido. Pretenderá, no solo mantener, sino justificar ‘*la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios*’.

Si lo más bajo es lo más universal, y ‘*el bien cuanto más universal es más divino*’ -y más humano, tendríamos que añadir-, se impone este planteamiento para no caer en el riesgo

¹⁶ Es interesante el planteamiento de **Ortega y Gasset** en **La rebelión de las masas** a propósito de los derechos -faltaban veinte años para la Declaración de los Derechos Humanos-: «...Yo diría, pues, que el derecho impersonal se ‘tiene, y el personal se sostiene» (p 118). No es éste nuestro planteamiento: los derechos ‘personales’ se exigen, no se ‘sostienen’ y posibilitan responsablemente. No está mal recordar la denuncia del papa **Francisco** en la **Evangelii gaudium**: «...los derechos humanos pueden ser utilizados como justificación de una defensa exacerbada de los derechos individuales o de los derechos de los pueblos más ricos» (190)

que denuncian los Obispos de Estados Unidos de América ante la existencia de normas morales objetivas, defendidas por la Iglesia: *«hay quienes presentan esta enseñanza como injusta, esto es, como opuesta a los derechos humanos básicos. Tales alegatos suelen provenir de una forma de relativismo moral que está unida, no sin inconsistencia, a una creencia en los **derechos absolutos de los individuos**. En este punto de vista se percibe a la Iglesia como si promoviera un prejuicio particular y como si interfiriera con la libertad individual».*” (EG 64)

En efecto, no es referente válido convertir en ‘derechos absolutos’ los de ‘individuos’ que gozan de privilegios no universalizables: es la ‘dignidad de la persona’ -de toda persona- y el ‘bien común’, los únicos referentes irrenunciables, y el único análisis válido hay que hacerlo en ‘lo más bajo’ -en los ‘descartes’ diría el **papa Francisco**-.¹⁷ El concepto de encarnación en la fe cristiana se sitúa ahí -es un ‘desde’-, no en un compromiso que no pasa de un concepto político compatible con ‘privilegios’ intocables convertidos en ‘derechos’.

Pero volvamos a la Mari. No solo remitía a las coordenadas correctas a la hora de plantearnos el ‘*dolor con Cristo doloroso*’, sino que ella vivió una realidad más baja en su carne desde su enfermedad.

El Lupus: “Ya somos dos”

Aproximadamente a los 23 años le detectaron un ‘Lupus’. Yo personalmente no sabía ni que existía esta enfermedad. Al comienzo se redujo a unos controles periódicos, pero no tenía repercusiones llamativas en su vida: ella seguía trabajando en una guardería. Sin embargo, pronto empezó a dar la cara con los llamados ‘brotos’ que desde el principio fueron muy agresivos. Además tenían una periodicidad alarmante: prácticamente cada dos meses era ingresada en el hospital con crisis serias.

En estos ingresos surgió el problema de quién se quedaba con ella por la noche. Como siempre, su gran personalidad hacía que toda decisión pasaba por ella: planteó que me quedase yo. Es algo que nunca olvidaré. Era una vez más una muestra de su confianza. En los primeros brotes me quedaba solo, en los últimos se venía la mayor de sus hermanas -la Cus- to- que tendría unos 13 años.

Un dato importante es que a estos enfermos, dada la agresividad de la dolencia, les ofrecían la posibilidad de ser acompañados por psicólogos para ayudarles a afrontar su situación. Pues bien, desde el principio, ella dijo que ya tenía un psicólogo. No sé si les decía quién era. El caso es que nunca asistió, quitando la primera vez. A los que estábamos cerca nos decía que su psicólogo era san Ignacio. En efecto, desde el primer momento de su encuentro con los EE lo que más rápidamente incorporó a su vida fue la célebre frase: *«En tiempo de desolación nunca hacer mudanza...»* (EE 318) y que tanto agradecía insistiendo que san Ignacio le había enseñado a afrontar lo que se le pusiese por delante.

¹⁷ Es interesante este concepto al que alude en dos momentos: *“...Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes»*” (EG 53), y más adelante vuelve a hacerlo: *“...La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha.”* (EG 195)

En uno de estos brotes, cuyos síntomas eran dolores tremendos por toda la columna dorsal hasta la nuca con subidas de tensión hasta veintitantos, que los médicos temían que una de esas subidas podía llevársela por delante, estaba yo al lado de la cama y ella quejándose a Dios: *“¡Dios mío! ¿Qué te he hecho? ¿Qué quieres? Que soy muy joven y llevo ya seis años...”* Era una página del libro de **Job** en vivo.

Yo en silencio sin saber qué decir. De repente, me acordé que ella había hecho las **Bienaventuranzas**, conocía la escena de Jesús en el Huerto, y le comento: *“Mari, te pasa a ti lo que a Jesús en la oración en el huerto, que no entendía nada y le pedía a su Padre que si era posible pasase de él aquel trago”,* y me respondió después de un breve silencio: *“Pues ya somos dos”*. ¡La de veces que he compartido esta escena! Cuando en febrero estaba agonizando, ya sedada, yo a su lado cogiéndole la mano, pensaba: “Lo último que te faltaba para poder decir ‘ya somos dos’: morir y, cuando te encuentres con Él, seguir diciéndole: ‘Y seguimos siendo dos’...” -me comentó una persona que conocía su frase-. Tengo que confesar que la serenidad que nos dejó a todos los que la rodeamos en aquellos momentos no tiene otro significado.

Entonces comprendí el alcance de que la fe cristiana se concrete en el seguimiento a Jesús. Siempre podremos decir, pasemos por la situación que pasemos: “Ya somos dos”. En efecto, Él sabe de qué va. Lo hemos visto tentado, hundido, abandonado... Se rodeó de personas no precisamente brillantes, y nunca tiró la toalla... En definitiva, es el alcance de una **encarnación** que se llevó a cabo en los niveles más bajos -no en los privilegiados-. No se encarnó precisamente en un supuesto ‘Estado de derecho’, sino en niveles donde hay que ‘buscarse la vida’ no aisladamente, sino contando con los demás -‘¡ahí nos lo jugamos todo!’-, porque sólo *‘buscando el reino de Dios y su justicia, se nos dará todo por añadidura’* (Mt 6,33). No nos faltará nada porque contamos con todos -‘podemos llamar a la puerta del vecino’-.

Pero sigamos con su enfermedad. Salió de aquel primer brote e iban sucediéndose otros no tan agresivos con una periodicidad de dos meses más o menos. En una de estas recaídas, cuyos síntomas eran menos llamativos -perdía pelo de manera alarmante-, ocurrió algo que refleja su lucidez de cara a la gravedad de su enfermedad. Nunca se evadió de una realidad tan dura.

Habíamos terminado los Apuntes de EE, menos el último documento -las Reglas de la Iglesia-, porque era yo el que temía entrar en él. De hecho, la primera redacción que hice con María Colmenero me había resultado tan trabajosa su elaboración, y con un resultado nada satisfactorio -no supimos cómo acompañar con dicho comentario-, que al llegar a dicho documento, le dije que aquello lo trabajaríamos cuando ella hubiese terminado su proceso.

En efecto, los Apuntes se habían elaborado, no solo para hacerlos accesibles a personas sin ninguna formación, sino en primer lugar para ella. Por eso, una vez terminados iba haciendo el proceso a su ritmo con unos apuntes que ya entendía. Por otro lado, se dio cuenta que en la vida ordinaria no podía, y aprovechaba los veranos en que ella tenía vacaciones para venirse a algún sitio donde yo daba las Bienaventuranzas y allí seguía su proceso. Esto supuso que tardase unos seis años en hacer todo el proceso.

Pues bien, estaba en el hospital con ella en esta crisis no tan alarmante y me comenta: “Adolfo, nos falta algo por hacer”; “Pues sí, pero ya te dije que es algo más complicado y prefero que cuando termines tú los EE, nos meteremos”. Y en ese momento me comenta sin más: “Adolfo, ¿y, si en una de estas cosas que me dan, me quedo tonta y no podemos terminar algo que está sirviendo a los demás...?””, pues, como dijimos, en la medida en que íbamos redactando el texto, fotocopiábamos lo escrito a mano y lo remitíamos a personas que podían decirnos si se entendían. Esto era un aliciente para ella, pues siempre nos decían que servían.

Ya podéis imaginaros cómo me quedé. ¡Nunca la paralizaron los miedos! Era consciente, no solo de la gravedad de su enfermedad, sino sobre todo de lo imprevisible, y con esa ilusión por terminar algo que servía a los demás, plantea seguir nuestro trabajo interrumpido previendo el riesgo de ‘quedarse tonta...’ Siempre funcionó en ella la ‘cabeza’ y el servicio a los demás. ¡Había que afrontar hasta lo imprevisible, pero posible...!

Esto hizo que en el otoño siguiente reanudásemos nuestro trabajo, con la gran sorpresa de que una vez comprendido de qué se trataba, fue ella la que me descubrió el verdadero alcance de dicho documento. De hecho, fue a raíz de esta redacción -¡inteligible para todos!- cuando una religiosa que estaba en Málaga -Amelia-, me propuso dar un retiro con el contenido de dichas Reglas. La propuesta la rechacé en principio, pero ante la insistencia de más personas que conocían la nueva redacción, me atreví a darlas, y ahora sigo haciéndolo con agradecimiento de los que asisten.

Pues bien, estando en plena elaboración, empieza a ponerse otra vez mal. Recuerdo el día que estábamos trabajando la Regla más problemática -la 13-. Estaba tumbada en el sofá, con fiebre alta y unos dolores de cabeza intensos. Yo iba de vez en cuando a empapar pañuelos en agua fría para ponérselos en la frente, y me insistía: “*Sigue escribiendo y me lees*”. ¡En este contexto elaboramos ‘lo blanco que yo veo creer que es negro...’! Fue en ese contexto tan duro cuando entendí lo que ahora disfruto a la hora de compartirlo, y antes lo único que provocaba en mí era desconcierto, rechazo y perplejidad.

Aquella búsqueda conjunta, estando ella postrada en una extrema debilidad me descubrió que quien no es capaz de creer en nada ni fiarse de nadie lo llamamos ‘creído’, es decir, que exige ser creído siempre, pero él no está dispuesto a creer a nadie y, por otro lado, que san Ignacio no dice que ‘lo que yo **veo** blanco, lo **vea** negra’, lo cual es imposible, sino ‘**creer que es negro**’, que no es lo mismo.

Todo esto ocurría en el fin de semana, que era cuando podíamos trabajar. Aquel estado febril agravó su situación y provocó una paralización de la cintura para abajo. De repente empezó a no sentir los pies y aquello seguía. Recuerdo que sus hermanos y yo estábamos trabajando en casa del párroco de Gualchos -Juan Carlos Maldonado-, donde nos llamó un compañero -Jesús Gutiérrez- diciendo que volviésemos a Granada si queríamos encontrarla con vida -apenas eran 100 kilómetros de distancia-.

Una vez más supera la crisis y al salir del hospital va a casa de los padres, ahora en silla de ruedas. Y en esta situación tan limitada, decide independizarse. La situación creó tensio-

nes en la familia. Pero su tenacidad en apostar por su libertad, a pesar de todas sus limitaciones, fue una constante en su vida, y siempre demostró su capacidad de llevárselo a cabo.

Fue en estos momentos cuando se presentó otra crisis, no causada por la enfermedad sino por la medicación -en ocasiones llegó a tomar una media de 30 'pastillas' al día-. Se le fue la cabeza. Empezó a tener reacciones extrañas, muy agresivas. Su fuerte carácter, en un principio, no delató la perturbación, pero ante reacciones especialmente extrañas en ella empezaron a poner en guardia a los mismos médicos. Estaba yo en Salamanca y la llamé. Pues bien, me planteó un suicidio en el que yo tenía que ayudarlo a llevarlo a cabo. Ya podéis imaginar cómo viví aquello. A la vuelta se averiguó que era un medicamento el que estaba provocando la crisis.

Hubo escenas penosas: pegarle a un policía con una de las muletas, tirarme la lamparilla de la mesilla de noche y romperla, decirme: *"Los apuntes de EE voy a hacerlos cachitos..."* Afortunadamente, cambiada la medicación volvió a sus cabales.

Fue entonces cuando apareció otro brote, más agresivo que los anteriores. Se le gangrenó la pierna izquierda y los médicos plantean su amputación. Un cirujano apuesta por salvar la pierna y la opera. Esto fue tan precipitado que yo que estaba dando unas Bienaventuranzas en Zamora a un grupo de sacerdotes del IEME y me tuve que venir sin terminar, pues mi compañero Diego Molina, muy amigo suyo, me llamó y vino a buscarme a Madrid, porque temía que no la viese con vida. Si no recuerdo mal estuvo en la UCI aproximadamente un mes. En ese tiempo, delante de mí, oí a su médico, en aquel momento don Juan Alonso, decirle a la madre: *"Señora, su hija ha estado aquí dos veces muriéndose, pero no murió. Ahora no se haga ilusiones"*. Pues salió.

Una vez fuera de la UCI pasó a traumatología. La operación de la pierna había sido tan agresiva que para curarla tenían que anestesiársela, pues no hubiese resistido el dolor. Nadie, pues, había visto aquella pierna, empezando por ella. Pero al cabo de mes y medio, después de varios injertos de piel, decidieron curarla sin anestesiársela. Las curas solían hacerlas antes de comer.

Yo llegué al hospital después de comer, y me dice: *"Adolfo, me he visto la pierna"*. *"Y qué"*, le pregunto. *"Me entra el puño en lo que me falta de carne. Las enfermeras me dijeron: 'Mari, no te mires la pierna' y yo les dije, 'Y por qué no me la voy a mirar si es mía'."* En efecto, desde mitad de la pantorrilla hasta la cintura, todo era una carnicería. Que una muchacha de unos 26 años que en aquel momento tendría, te informe con la serenidad con que lo hizo de una realidad tan cruda sin venirse abajo -no me lo dijo llorando-, denota el temple que tenía. Cuando después todos pudimos ver la pierna es cuando pudimos calibrar su grandeza.

Vuelve a su casa y empieza a vivir con ella la hermana pequeña -Inma-, niña aún. La relación entre ellas pasa por etapas contrapuestas. Lo que siempre se dio fue un acompañamiento cercano y responsable. Esto era lo que chocaba a veces con los caprichos propios de una niña, pero nunca tiró la toalla.

En esta situación se plantea comprarse un coche -adaptado, como es natural; sus piernas no respondían-. A muchos de los que la rodeábamos nos parecía un disparate, pero de

hecho le proporcionó una autonomía que antes no tenía. Por otro lado, no se acobardaba: dos veces fui con ella a Madrid y entramos salimos de la capital sin que perdiese los nervios.

A partir de este último brote, salieron unas pastillas (según ella de Francia) que de hecho cortaron aquellos brotes agresivos periódicos. Su situación requería una continuada fisioterapia para que su invalidez no avanzase, o por lo menos, lo hiciese con más lentitud. Esto hacía posible una autonomía suficiente. Con sus muletas se valía por sí misma. Pero se le rompió la pierna buena, no por caída sino porque el hueso se partió. Esto supuso una operación y, a los dos años, otra. De nuevo un retroceso. La silla de ruedas empezó a ser más necesaria y para salir de su casa tenían que venir dos hombres para bajar los siete escalones de dentro del portal y los dos de fuera. Su dependencia iba creciendo.

Es en este momento cuando plantea buscar otro piso sin barreras arquitectónicas, al que se traslada y de nuevo recupera una autonomía que había perdido en el piso anterior. En este último ha vivido unos cinco años.

“Donde está tu síntesis allí está tu corazón” (EG 143)

Hay frases de este papa que desbordan el contexto en el que aparecen. Esta es una de ellas. Formula de una manera más profunda cosas que me preocupaban. Solía repetir: “Tenemos que ser más respuesta que proyecto”, sin embargo, “Se nos educa para ser más proyecto que respuesta”. Como decía es mucho más lúcida la frase papal. En efecto, a veces la respuesta no es posible porque las circunstancias lo impiden; sin embargo, todo lo que va pasando por nuestra vida está llamado a ser sintetizado -¿‘ordenado’?, diría san Ignacio-. En efecto, de lo contrario nos quedamos sin ‘corazón’, sin centro de referencia que busque y decida.

Lo que intento decir podríamos encerrarlo en el ‘*conocimiento interno*’ que tantas veces san Ignacio pide a lo largo de los EE. ¿Qué encierra esta petición? Constantemente vamos acumulando conocimientos: nos vamos enterando de cosas que en su mayoría pasan al olvido, pero son fuente de experiencia. Ahora bien, esta experiencia está llamada a ser **síntesis** personal e irreplicable, no algo mecánicamente acumulado.

Desde no hace tanto tiempo me llama la atención algo que cuando era niño oía continuamente y que ahora no oigo: **“El niño no tiene uso de razón”**. La frase no dice que no tenga razón, sino uso de ella, que no es lo mismo. Podríamos decir, que usamos la razón cuando nos remitimos a nuestras experiencias -pasado-, las confrontamos con la realidad -presente- y calibramos consecuencias -futuro-. Mientras esta tarea no empiece a ejercerse, no hemos salido del **estímulo-respuesta**.

La Mari, desde muy pequeña tuvo que hacerse cargo de una realidad no precisamente fácil, y hemos visto hasta qué punto lo hacía. Pues bien, para llevar a cabo esta tarea, ella agradeció más que nada lo que aprendió al hacer los EE.

Hacía tiempo que había terminado su proceso de EE y, de repente, en una de esas conversaciones que surgían en tantos ratos pasados a su lado, aludiendo a lo que le había ayudado san Ignacio para afrontar la vida, comenta: *“Adolfo, yo como gitana estoy harta de oír a los ‘payos’ que llevamos nuestros niños a la escuela para que aprendan a leer y si tienen*

capacidad que sigan estudiando. Y me parece bien, pero yo conozco muchos que saben leer e incluso tienen carrera, y han destrozado su vida. ¿De qué les ha servido? ¿No sería más importante enseñar estas cosas que nos dejó san Ignacio?” ¡Esto no se me había ocurrido a mí nunca, pero tampoco lo oí decir a ningún jesuita!

Hay que decir que san Ignacio nos *‘prepara y dispone’* (EE 1) para hacernos cargo de una realidad siempre pendiente de respuesta -*‘sacar algún provecho’*-, tarea que si cada uno no lleva a cabo, quedará pendiente. En efecto, el método de los EE nos abre a la madurez, reto que está en nuestras manos -¡nadie madura a nadie!-. Este parece ser el verdadero alcance del *‘sacar algún provecho’*. Es algo que depende de cada uno, no algo asegurado *‘mecánicamente’*.¹⁸

Es decir, tenemos que aprender a **usar** la inteligencia, cosa que ella hizo como nadie y, según ella, los EE le habían ayudado como nada. Recordemos su convicción de que los EE, no sólo *‘servían para la vida’*, sino que *‘eran la vida misma’*. Su convicción de que la vida es ante todo tarea por hacer, no logros resueltos, y que los EE le habían ayudado como nada, fue constante.

Alcance de los EE: “...son para quienes más los necesitan”

Veamos cómo ella valoró los EE. Tenemos la suerte de conservar algún escrito suyo que lo expresa mejor que todas nuestras interpretaciones.

Una religiosa de santa Ana que había hecho los EE y pertenecía a una comunidad que vivía en la cárcel de Martutene (San Sebastián), decidió acompañar a reclusos. Los terminaron ocho -tres mujeres y cinco hombres-. Como en aquella época yo iba con frecuencia a San Sebastián, esta religiosa -María Antonia Muñoz- hizo posible que pudiese tener un encuentro con los ocho.

Estuvimos más de hora y media hablando. De repente uno de ellos me preguntó: *“¿Podríamos nosotros escribirle a la Mari?”* Por lo visto María Antonia les había dicho que los apuntes que usaban se habían elaborado gracias a ella. *“¡Por supuesto!”*, les respondí. Y en efecto, le escribieron dos. En la carta le agradecían su esfuerzo en hacer unos apuntes que les había posibilitado hacer algo que les había hecho tanto bien. Por otro lado, le informaban que estaban acompañando a otros reclusos, pero que algunos lo dejaban... Pero lo mejor es transcribir la carta:

«Martutene 10, 02, 15

Sra. María Luisa

¹⁸ Sería lo que san Ignacio quiere decir con su repetida frase: *«reflectir para sacar algún provecho»*. En efecto, tengo que empezar por dejar que me toque la realidad sin ninguna otra mediación -*‘reflectir’*: dejar que se ‘refleje’ en mí-; pero no puedo quedarme ahí, tengo que sacar *‘algún provecho’*. Ahí es donde entraría mi tarea personal de síntesis que la llevo a cabo **usando** la razón, la inteligencia -capacidad de hacerse cargo de la realidad-.

Estimada "Mari": te escribimos desde la prisión de San Sebastián, en primer lugar para desearte salud y fuerza y en segundo lugar para darte las gracias, ya que al padre Adolfo se las dimos en persona, ya que tuvimos la suerte de tenerle aquí dentro. Gracias también a la hermana María Antonia Muñoz. Te damos gracias pues, por facilitar el estudio de S. I. L., sin un modelo como el vuestro hubiese sido imposible para nosotros conocer la vida san Ignacio, además que gracias a vuestros esfuerzos, nosotros podemos disfrutar de algunas salidas terapéuticas a la Casa Museo de S. I. en la catedral de Azpeitia (Loyola).

Gracias a vosotros nuestro espíritu está calmado y nuestras prioridades y nuestros valores son otros. Cada día somos más estudiando y acompañando, aunque la realidad es que no todo el mundo acaba. Además casualmente la mayoría pone la misma excusa, "No me encuentro espiritualmente bien". Sé que seguramente es culpa del que acompaña que soy yo en este caso, pero intento hacerlo lo mejor posible y trato de seguir el procedimiento como marca y además rezo. ¿Quizás si les amenazo con una navaja no se irían, no crees? Je. Je. Era una broma. Bueno Mari, sólo quería que supieras que estamos agradecidos, espero que no te hayamos molestado con esta carta.

Un saludo.

Sergio y J. Carlos.»

Comentando la carta, le insistí que era ella la que tenía que responderles y, al final lo hizo. He aquí la carta escrita el 24 de marzo de 2015 (la transcribo con las faltas de ortografía y las erratas):

«Hola Sergio y Juan Carlos:

No solo no me aveis molestado, sino que me ha dado mucha alegría saber que los apuntes de Ejercicios os están ayudando. Los Ejercicios no son para los que más saben y están más preparados sino para los que más los necesitan.

Lo que a mí más me animó al hacerlos y buscar palabras sencillas fue que veía que servían para la vida: ayudan a tener valores y un 'para' que merezca la pena.

Me alegra que estés acompañando. Es lo que hay que hacer. No os preocupéis si alguno los deja. Eso pasa a menudo. Por eso es importante al presentarlos decir que tienen que cumplir a lo que se prometieron y nunca decir "No me encuentro espiritualmente bien". Por eso san Ignacio avisa que nunca hagamos mudanza en tiempo de desolación.

Que no os canséis de acompañar aunque algunos los dejen: lo que se les ha dado siempre les servirá para la vida. Espero que sigamos comunicándonos. Perdonad mi letra. Espero que se entienda. No escribo muy bien y la mano no la tengo muy bien por mi enfermedad, pero os he escrito de corazón.

Un saludo de

MARI »

La carta no tiene desperdicio y con su brevedad aporta avisos que no estaría mal planteárnoslos quienes acompañamos EE. Son seis, y comentaré brevemente su alcance:

- **«Los Ejercicios no son para los que más saben y están más preparados sino para los que más los necesitan»:** Buena advertencia. A veces da la impresión de que hemos convertido los EE en algo ‘elitista’¹⁹, cuando lo que san Ignacio plantea es que *“según la disposición de las personas que quieren tomar ejercicios espirituales... se han de aplicar los tales ejercicios”* (EE 18) Los EE no es una oferta disponible sin más sino algo que, por lo pronto la persona ‘quiere tomar’ -de ahí que la persona debe saber de qué va para querer hacerlos, no basta la mera curiosidad-, y quien los da ‘ha de aplicar’, para que se conviertan en manos del que los hace en un instrumento para sí mismo -¿hacer su síntesis?- y ‘para los que más los necesitan’. No son un lucimiento para ‘los que más saben’ o ‘los más preparados’. **Los EE no son un fin, sino un instrumento para ayudar ‘a los que más lo necesitan’.** Y es que los EE serán tales, cuando descubramos...
- **«...que servían para la vida: ayudan a tener valores y un ‘para’ que merezca la pena»:** La de veces que a lo largo del proceso se repite: *«y sacar algún provecho»*. San Ignacio tiene muy claro que la fe cristiana se expresa *“por sus frutos”*, no *«en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial»* (EG 95). Aquí la Mari concreta este fruto en un ‘para’ -se refiere al ‘para’ del PF- que **‘merezca la pena’**. Sólo aquello que ‘merece la pena’ puede dar sentido a una vida que nunca será ‘ideal’. Sirve para la vida lo que nos ayuda a darle respuesta y nos proporciona ‘valores’ que van más allá de que tengamos más o menos suerte. **Los EE ‘preparan y disponen’ para la vida si nos incorporan valores y un ‘para’ que merezca la pena: PF.**
- **«Me alegra que estéis acompañando. Es lo que hay que hacer»:** Nunca me cansaré de citar la carta de san Ignacio a **Fulvio Androzzi** trece días antes de su muerte, en la

¹⁹ No está mal recordar el riesgo de ‘elitismo’ al que alude el papa Francisco a propósito del ‘**neopelagianismo prometeico**’: *«...una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente. Son manifestaciones de un inmanentismo antropocéntrico. No es posible imaginar que de estas formas desvirtuadas de cristianismo pueda brotar un auténtico dinamismo evangelizador»* (EG 94), y en el párrafo siguiente a propósito de las distintas manifestaciones de la ‘**mundanidad espiritual**’, vuelve a hacer la misma denuncia: *«donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización. En todos los casos, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado, se encierra en grupos elitistas, no sale realmente a buscar a los perdidos ni a las inmensas multitudes sedientas de Cristo. Ya no hay fervor evangélico, sino el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica»* (EG 95). Más aún, con esas imágenes tan expresivas que encuentra este hombre, alude en varias ocasiones que podemos terminar siendo ‘piezas de museo’. En efecto, una fe que pierde vitalidad y termina en ‘mezquindad’, *«convierte a los cristianos en momias de museo»* (EG 83) y es que hay ‘mundanidad’ cuando se promueven dinámicas *«sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos»* (EG 95), o en la tensión entre ‘globalización’ -riesgo de caer en un ‘universalismo abstracto’- y ‘localización’, que nos *«conviertan en un museo folklórico de ermitaños localistas, condenados a repetir siempre lo mismo, incapaces de dejarse interpelar por el diferente y de valorar la belleza que Dios derrama fuera de sus límites»* (EG 234). (La negrita es mía). En resumen, todo elitismo termina en pieza de museo, dejando de ser vida y ‘síntesis’, lo único capaz de responder al reto que tengamos delante.

que le recuerda que dé la primera semana a todos, pero «*para darlos exacte habría que encontrar personas capaces e idóneas para ayudar a otros, después que ellas fuesen ayudadas*». En efecto, los EE no son intimistas, sino ‘misioneros’. ¿No plantean en el número 1 que lo que pretenden es ‘*preparar y disponer el ánimo para...*’?²⁰ No son, pues, un logro apetecible, sino una capacitación para la vida... En mi experiencia de acompañar, la sensación de fracaso -o más bien de tristeza-, se ha dado cuando la persona que terminaba no acompañaba, sobre todo cuando era jesuita. Por tanto, dimensión misionera de los EE: son ‘**para ayudar a los demás...**’

- «**...es importante al presentarlos decir que tienen que cumplir a lo que se comprometieron y nunca decir “No me encuentro espiritualmente bien”**»: los EE me los dan, pero yo tengo que hacerlos. En este sentido, se me entrega un método que nadie puede hacer por mí. Es algo a lo que uno se compromete y no consiste en un ‘dejarse llevar’. En efecto, san Ignacio siempre formula lo que ‘*quiero y deseo*’ en una petición. La vida del espíritu no es: “*Me encuentro espiritualmente bien*”, sino compromiso y respuesta acertada. Me consta que este compromiso era lo que más insistía al acompañar. ¿Y no es clave para san Ignacio?: «*...mucho le debe interrogar cerca los ejercicios, si los hace a sus tiempos destinados y cómo*» (EE 6). **Los EE son un método que hay que hacer personalmente**, no depende de quien los da que debe limitarse a dar ‘*modo y orden*’ (EE 2)
- «**...san Ignacio avisa que nunca hagamos mudanza en tiempo de desolación**»: Posiblemente sea el aviso que tuvo más presente y que más le ayudó para afrontar una vida tan dura como la suya. ¡Nunca se arrugó ni tiró la toalla! Y ella decía que eso se lo debía a san Ignacio. Por otro lado, es lo que más se cita de san Ignacio en niveles profanos, a veces, sin saber ni quien lo dijo. Pero es un aviso que, de no estar incorporado, las consecuencias son desastrosas. En cualquier hipótesis, **hay algo que incorporar: «en tiempo de desolación nunca hacer mudanza»**.
- «**...no os canséis de acompañar aunque algunos los dejen: lo que se les ha dado siempre les servirá para la vida**»: Esta advertencia me sorprendió. No se me hubiese ocurrido. Nos encanta el maximalismo: “O todo, o nada”. Pues bien, siempre nos vamos a quedar con ‘nada’, porque el ‘todo’ nunca se va a dar. Lo ‘poquito’ aprovechado y asimilado llega más lejos que lo ‘máximo’ exigido pero que nunca llega. **Nunca idealizar, sino ‘sacar algún provecho’**.

No está mal la ‘**síntesis**’ que, sin saberlo, había hecho de su experiencia de EE y que comparte con quienes los estaban dando. ¿No toca las dimensiones clave del proceso de EE si queremos dar lo que san Ignacio nos dejó?

²⁰ En *Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús*, de Polanco (Fontes Narrativi I, pp 212ss) aparece una carta de Fabro y Laínez que están en Parma, donde se alude a «*Julia la casada*» que «*aprovechándose primero de los EE en la cama (donde está continuamente por sus enfermedades grandes), los dio a mucho número de otras mujeres*», y Fabro «*Los maestros de escuelas... a muchos de sus discípulos capaces también han dado los EE primeros. Símilmente algunas mujeres por oficio toman de ir de casa en casa, enseñando doncellas y otras mujeres, las cuales no pueden ir con libertad fuera...*» Como vemos, en los comienzos fue algo expansivo: ni secuestrado ni elitista.

A raíz de su muerte, buscando papeles que tenía idea haber guardado cuando elaboramos los Apuntes, me encontré con una hoja fechada, escrita en Collado Mediano, donde varios veranos estuvimos haciendo el retiro a partir del primero sobre las Bienaventuranzas al que ya aludimos. He aquí el documento:

«MADRID día 11 – 8 – 96

Collado Mediano

Para mí los EE es una cosa muy seria porque es poner en juego tu vida y lo que quieres hacer con ella. Peseo [por eso] yo creo que no solo mi vida sino también las vidas de la gente que me rodean[.] ayuda y enseña como puedes ir por la vida porque todos no[s] creemos que lo sabemos todo pero en verda[d] no sabemos nada por[que] cada uno vivimos en nuestro mundo de fantasía y alucinamiento y no en la realidad y así no se puede ir por la vida[.] hay que salir a la realidad y ver las cosas que están pasando a nuestro lado como pesanos [personas] que somos»

El documento, con su brevedad, vuelve a resaltar las claves, según ella, de los EE: que *'sirven para la vida'* -eran ¡*'la vida misma'*!, como formuló en otro momento-, porque *'ayudan y enseñan'* a vivir *'en la realidad'* y no encerrarnos en *'nuestro mundo de fantasía y alucinamiento'*, y no sólo es algo que *'nos ayuda'*, sino que sirve para *'los que nos rodean'*. No está mal que se nos recuerden las dimensiones que hay que salvar en los EE: que los hagamos vida, que respondan a la realidad -no aíslen en subjetivismos- y su dimensión misionera.

Esta profunda captación del alcance de los EE se unía a una modestia poco común. En efecto, en unas Bienaventuranzas, que a lo largo de 10 años tuvimos en La Zubia (Granada) y que ella organizaba, una muchacha psicóloga que estaba en el retiro, hablando con ella se enteró que había hecho los EE y que estaba dispuesta a acompañar. Quedó con ella en empezarlos al terminar el retiro, pues la muchacha trabajaba en una guardería cercana a su casa. Yo me enteré por la Mari, la muchacha no me comentó nada.

Llevaban ya un tiempo y me encuentro con la psicóloga que me comenta: *"Adolfo, ¿sabes lo que me ha dicho la Mari?" "¿Qué?" "El otro día nos encontramos para seguir los EE y al terminar la entrevista me dice: 'María, si tú ves que yo no sé hacerlo bien, dilo, y te buscamos otra persona que sepa hacerlo mejor, pues lo que yo quiero es que tú los hagas bien'..."* Comentó la muchacha: *"Adolfo ¿dónde voy en encontrar una persona igual? Esto no lo hace nadie"*.

Siempre se movía en niveles de realidad. En aquel acompañamiento -el primero que hacía, hubo otro intento que apenas duró-. Lo que le preocupaba era el *'fruto'* que la persona que tenía delante sacase. Ella desaparecía. Lo importante era el resultado.

Ya hemos aludido a su alergia al lucimiento. Hay una constante en su vida: su no protagonismo junto a la *'gran persona'* que fue.²¹ Conviene caer en la cuenta que la verdadera

²¹ Ya aludí en la nota 12 a que hay que distinguir entre la *'gran personalidad'* y la *'gran persona'*. Detrás de toda tragedia ha habido una *'gran personalidad'*. Lo que hay que ser es una *'gran persona'*. La *'gran personalidad'* lo desertiza todo, la *'gran persona'*, no compite, da vida, hace crecer.

‘personalidad’ gira en torno a la inteligencia, el protagonismo en torno al ‘ego’, que no es lo mismo. Es decir, la personalidad auténtica es incompatible con cualquier tipo de protagonismo que siempre es competitivo y acomplejado, al mismo tiempo que pretende acomplejar. ¿Qué quiero decir con esto? Que quien se acercaba a ella se sentía acogido, alentado y confrontado -¡nunca engañaba!-, pero no percibía en ella una competidora. Siempre hacía pensar, no defenderse.

Y es que la persona que va de ‘protagonista’ por la vida la admiran y envidian los ‘memos’; para los demás no pasa de ‘ridícula’. Su sencillez en el trato transmitía su valía. La que no pasaba de ‘locuela’, fue abriéndose camino con un comportamiento lúcido en situaciones duras y, lo que más sorprendía, su fortaleza ante una enfermedad tan agresiva. Esta fortaleza iba unida a una cercanía nunca competitiva sino disponible: todos sabían que podían contar con ella, pero nunca se dejó manipular y siempre enriquecía sin pretenderlo. Recuerdo comentar con personas cercanas a ella, cómo en los últimos años fue ganando prestigio aun ante personas que no la tomaban en cuenta. ¡Cuántas personas la llamaban para consultarla!

Pero si algo es la persona es totalidad integrada. Ya hemos aludido a su capacidad de ‘síntesis’ en todo lo que abordaba. Difícilmente encontraremos un ‘especialista’ en EE que exprese con menos palabras lo nuclear del método, como lo hace ella en la carta que hemos transcrito.²² Pero todo no se reducía a esta lucidez en todo lo que abordaba. Elaboró síntesis más complejas e imprescindibles.

Hace varios años me propusieron tener unas charlas sobre la sexualidad. Como el tema me preocupaba viendo cómo se trivializaba algo tan nuclear, acepté. Al comienzo empezó ella a venir. Como en tantas otras cosas después nos veíamos y hablábamos sobre el tema para aclarar algunos términos, como hicimos con los EE. Las charlas eran cada mes. Llevaríamos dos meses cuando no pudo seguir acudiendo a la charla por su enfermedad. Esto no supuso suprimir nuestro comentario. Cada mes, después de la charla, leíamos el resumen que había entregado y lo aclarábamos. El planteamiento de los temas lo expresaba bien la charla introductoria: **La sexualidad humana, ¿tarea o problema?** Mi intento era, partiendo de **Freud** -¡de sus observaciones!- ir enriqueciendo cada tema con otros autores que habían abordado el problema.

Estábamos comentando el tema IV que titulé: “**¿La sexualidad como consumo?**” y abordaba un problema que ella conocía a raíz de una cita de **Freud** que me había oído en las Bienaventuranzas cuando las hizo y, sobre todo que habíamos trabajado cuando elaboramos los Apuntes de EE, en concreto, en la regla octava ‘*para ordenarse en el comer*’. La cita, que yo suelo decir que haberla encontrado me merecen la pena los casi nueve años que dediqué a trabajar a **Freud**, recoge una valiosa ‘observación’: “...*El amor sensual está destinado a ex-*

²² Sorprende el paralelismo con la carta de san Ignacio al P. Miona (16-XI-1536): «...*siendo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos; que cuanto a lo primero no sintiédeses necesidad, veréis sin proporción y estima cuánto os aprovechará para lo segundo*». Es decir, Ignacio subraya la dimensión misionera de los EE: lo que tanto hemos citado, qué poco lo hemos posibilitado convirtiendo los EE en algo elitista.

tinguirse en la satisfacción. Para poder durar tiene que hallarse asociado, desde un principio, a componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines, o experimentar en un momento dado una transposición de este género.”²³ En efecto, la sexualidad se extingue en la satisfacción; la ‘ternura’, sin embargo, pone en juego, ‘crea lazos duraderos’ (Freud). Es decir, nos llena, nos da sentido, no es algo que se consume y nos harta... Pues bien, de repente ella me comenta: **“Adolfo, jesto es lo nuestro!”**

La mejor definición que podríamos dar de ella, es que fue **vida lúcida**, no simplemente ‘vital’ y, en absoluto, ‘idea’. Su rechazo a las ‘palabras técnicas’ de los antiguos Apuntes de EE frente a lo que ‘servía para la vida’, porque era ‘la vida misma’ iba más lejos de lo que yo en el momento que me lo dijo podía sospechar. No entendía lo que no podía comprobar hecho vida. Su vida fue una síntesis continua, llevada a cabo con una inteligencia fuera de serie y una fe vivenciada.²⁴ Es decir, su comentario no era algo meramente ‘entendido’, ‘comprendido’, ‘reflexionado’, sino algo constatado en su vida, algo que sencillamente vivía.

Fue una gran persona

En dos notas he aludido a la diferencia que existe entre la ‘gran personalidad’ y la ‘gran persona’, y cómo, si alguien sólo es una ‘gran personalidad’, tragedia tenemos. Ahora bien, si una ‘gran personalidad’ es una ‘gran persona’, ‘nos ha tocado la bonoloto’. Y es que solo agradecemos las ‘grandes personas’. Pero ¿en qué consiste ser una ‘gran persona’? Difícilmente podremos definirla con precisión, pero todos nos ponemos de acuerdo cuando nos topamos con ella. Es la misma dificultad al definir la ‘madurez’, pero todos coincidimos cuando nos encontramos con el inmaduro: “A éste le falta un hervor”.

Uno de los problemas de ser una ‘gran persona’ es que difícilmente podemos describirla. ¡Hay que conocerla en personalmente! De lo contrario nos parece que estamos exagerando. Es lo que nos pasó a Ana Catalá -enfermera, amiga suya- y a mí en un retiro sobre las Reglas de la Iglesia de san Ignacio. Habíamos terminado y en la comida, que al ser la última no era en silencio. Estábamos cuatro en la misma mesa: Ana, yo, una amiga suya asturiana que venía a recogernos para volver a Granada y otra persona que había estado en el retiro.

En un momento de la conversación, comento a Ana: *“Cuando llegemos a Granada tenemos que hablar con la Mari...”*, no recuerdo en concreto cuál era el problema que tenía-

²³ S. Freud, **Psicología de las masas y análisis del yo**, en Id., **Obras Completas. III**, Madrid ³1973, p. 2591

²⁴ Aquí tengo que aludir a algo que está preocupándome desde no hace tanto tiempo: la interpretación de **EE 2** -‘...no el mucho saber harta y satisface al ánimo, sino el sentir y gustar de las cosas internamente’- parece haber girado en torno a identificar el ‘mucho saber’ con todo lo relacionado con la razón y el ‘sentir y gustar’ con los sentimientos. Por lo pronto lo que hay que ‘sentir y gustar’ no son sentimientos, sino ‘de las **cosas internamente**’, y en la primera parte de **EE 2** se ha formulado con suficiente claridad qué entendía él por ‘declarar o sentir la historia’: ‘discurriendo y raciocinando por sí mismo, hallando alguna **cosa** que haga un poco más...’ Es la ‘**historia**’ y la ‘**cosa**’ lo que hay que ‘sentir y gustar’, y esto se hace ‘quier por la **raciocinación propia**, quier sea en cuanto el **entendimiento** es ilucidado por la **virtud divina**’ -importantísima afirmación: son la ‘**raciocinación propia**’ y la fuerza ‘**divina**’ las que inciden en el ‘**entendimiento**’, no en los afectos que siempre habrá que discernirlos-. Pues bien, esto ‘es de más gusto y fruto espiritual’, y lo contrapone a ‘si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia’. ¡Esto sería el ‘**mucho saber**’!, lo que hemos adquirido ‘ya elaborado’, sin pasar por la propia ‘raciocinación’ y sin la experiencia de la ‘**virtud divina**’ incidiendo en el ‘**entendimiento**’, no en lo que nosotros denominamos sentimiento.

mos que tratar. La otra persona que estaba a la mesa dice: “¡Ah!, ¿pero la Mari existe?” Ya podéis imaginaros qué cara pusimos Ana y yo.

En efecto, en mi exposición había aludido varias veces a Mari. A esta persona, al parecer, le habían parecido estas alusiones como ‘ejemplos’ ideales, pero fuera de la realidad. Sin embargo, la Mari, nos esperaba en Granada con aquella ‘grandeza’ que, por muy ‘irreal’ que pareciese, estaba hecha vida.

En efecto, si algo fue la Mari, fue una ‘gran persona’. Quien la conocía, sobre todo en los últimos años, no quedaba indiferente. ¿En qué consistía esta impresión? Intentemos recoger expresiones que repetidamente surgían en personas que trataban con ella. Por lo pronto, había algo muy llamativo: era accesible a todos, más allá de nivel cultural, social... Los aspectos que voy a resaltar no pretenden ser los únicos. Cuando uno intenta transmitir la riqueza de una persona siempre tiene la sensación de quedarse corto. Esto supuesto, se me ocurre concretar la gran persona que fue:

- Ante todo, fue **persona**. Es decir, percibías que tenías delante alguien que sabía lo que quería, no era ambigua. Es lo contrapuesto a ‘caprichosa’: era lo que era y sabías que no se dejaba manipular. Con una salud tan precaria, siempre, camino de su casa, te preguntabas: *¿Cómo estará hoy? ¿Tendrá fiebre? ¿Le dolerá la cabeza?...*, pero nunca ponías en duda que te ibas a encontrar con **la Mari**. Su estado de ánimo, a veces tan penoso, no modificaba su manera de ser. Lo que tantas veces nos preguntamos refiriéndonos a personas corrientes: *¿Estará de buen humor? ¿Estará hundi-da?...*, en ella no tenía lugar. Su sufrimiento permanente no influía en absoluto en su lucidez; lo que en el lenguaje popular siempre se ha dicho: ¡Nunca perdía la cabeza! Su inteligencia siempre *‘se hacía cargo’* de lo que tenía delante y lo *‘sintetizaba’* - usando la palabra del papa Francisco-, lo hacía propio. Pero esta firmeza no la hacía distante y dura.
- **Su acogida, cercanía, escucha** eran constantes. Nunca tenía una actitud defensiva - quien sabe lo que quiere, no tiene necesidad de defenderse-. No se tambaleaba, lo que posibilitaba una escucha distendida que le permitía impregnarlo todo con una notable dosis de humor que suscitaba confianza. Si algo es imprescindible en toda relación es la reciprocidad y ella la posibilitaba. Digo que la posibilitaba, porque conocí algún caso en que no se daba esta reciprocidad, pero esto no la alteraba, porque
- **Nunca cerró puertas**. En su vida, le dieron más de un ‘portazo’. Normalmente, cuando nos dan un portazo, nos quedamos ‘encerrados’ en un ‘aislamiento’ que siempre vivimos como víctimas. Pues bien, ella, la puerta que le habían cerrado, la abría. Comentaba con quien bien la conocía el dato curioso que la puerta de la habitación donde ella hacía su vida, nunca se cerraba, ¡ni en invierno! Era todo un símbolo: nunca tenía cerrada la puerta. Todos sabíamos que podíamos volver, porque
- **Nunca restregó**. Es la gran trampa de toda posible reconciliación: que la ‘víctima’ restriegue. Es ese sutil ‘derecho’ a la venganza que todos tenemos, aunque no lo formulemos. Es el ‘hacerse valer’, el que ‘no se rían de uno’... Ella no necesitaba ninguna reivindicación para ser lo que era: **la Mari**. Sabía que su identidad no estaba en manos de nadie. Uno restriega cuando es la ‘imagen’ la que manda.

Quizás, ahora sepamos ver en qué está la diferencia entre la 'gran personalidad' y la 'gran persona'. Posiblemente, la primera está girando en torno a la imagen, mientras la segunda remite a la realidad, lo que la persona quiere ser, no las versiones que los demás elaboran de ella. Esto fue notable en ella. Su identidad nadie la alteró. Pero esto es lo único que genera confianza: saber con quién contamos. Claro que las circunstancias nos condicionan, pero no deberían cambiarnos.

Y aquí tengo que aclarar hasta qué punto era 'sabia'. Las circunstancias claro que nos afectan, y ella no era de piedra, pero sabía distinguir entre lo que nos está afectando -que **'viene de fuera'**-y lo que uno quiere y decide -que es lo **'propio mío'**, que diría san Ignacio (EE 32)-, que no tiene por qué verse afectado. A lo que voy. Como desde mi jubilación estaba más fuera de Granada que dentro, cuántas veces al volver me compartía llorando lo que 'había pasado', y ahí terminaba todo. La circunstancia penosa no lo ensuciaba todo, cosa que hubiese ocurrido de guardársela. Pero sabía con quién desahogarse, y aquello no volvía a salir.

Sin darse cuenta era más consciente de su situación y sabía actuar de forma que no se complicase más. Me explico. Estábamos en su casa Diego Molina y yo con un compañero nuestro que contó el caso de alguien que tenía muchos problemas y cuando ibas a verlo te estaba llorando todo el tiempo. Ella ni lo conocía y, de repente, intervino: "*Pues es tonto*". "*Por qué*", reaccionamos los tres. "*Porque no vuelven*". ¡Esto era la Mari! Sabía que 'volvemos' cuando contamos encontrarnos con una **persona**, no con sus 'circunstancias', que siempre las tendrá. Ningún desconocido lo agobiaba con su situación.

La última cena que tuvimos con ella, antes de empezar los sucesivos ingresos en el hospital, cuando ya su deterioro se acentuaba -días antes no pudimos entre dos personas levantarla del sillón para la silla de ruedas- afectando a lo que era más sensible, su autonomía, todos coincidimos que la encontramos 'apagada', cosa que nunca habíamos visto. Tan era así, que todos lo comentamos en la cocina. Pues bien, ya en la cena empezó a ser ella misma y terminó dominando su buen humor y alegría.

La anécdota no es trivial. Demuestra que la persona surge y se rehace en la relación. Si algo no tuvo que ver con ella fue el aislamiento. Fue una 'gran persona' porque no sólo nos hizo crecer a todos los que le rodeamos, sino porque ella se rehacía en la relación con los demás.

Su último año

Una vida tan rica no fue decreciendo, sino que parece que en la medida en que crecían sus limitaciones, crecía su altura humana. Todos los flancos que se ofrecían los afrontaba, al mismo tiempo que era consciente de su deterioro físico. Los 'bolos' que deciden ponerle, allá por el mes de abril de 2017 para ver si los riñones respondían estaban siendo su pesadilla. Ella sabía que los riñones eran decisivos para su supervivencia. En aquellos meses en que ella iba constatando que no producían el efecto querido e iba notando su deterioro generalizado, me comenta un día: "*Adolfo, yo sabía que esto iba a llegar, pero, ¡ha sido tan rápido!*" Con esta consciencia vivió su final.

Pues bien, en este tiempo, tan conscientemente lúcido de su gravedad, de vez en cuando me decía: *“Adolfo, yo ya qué pinto aquí. No soy más que un estorbo. Ya podía acordarse Dios de mí”*. Pero siempre estuvo más pendiente de todos los que le rodeaban que de ella misma. Su sensibilidad a cualquier problema la mantuvo hasta el final, y lo sorprendente es que yo diría que se agudizó en el último año.

Pero lo curioso es que nuestra sensibilidad parece ser selectiva. Hay contextos que la agudizan y otros en que poco menos no es ‘correcta’. Me explico: no consideramos lo mismo el problema de una persona cuya situación es ‘acomodada’ que la de la ‘deprimida’. Quizás sea porque el problema de ésta última lo vivimos desde la culpabilidad y lo convertimos en un deber, y el de la persona acomodada lo hacemos desde el nivel de cercanía que tengamos con ella. Pues bien, lo sorprendente es que esto no era así en ella.

Ya hemos visto la dureza de su vida, al comienzo en la niñez por la extrema pobreza que vivió, y a lo largo de su vida hasta el final con una enfermedad tan agresiva. Sin embargo, era sensible a todo problema, aunque se diese en contextos que sociológicamente podían considerarse ‘privilegiados’ y al lado de los que ella había vivido y vivía, podían percibirse como ‘irrelevantes’. Y es que nunca fue por la vida de ‘víctima’, teniendo todas las papeletas para hacerlo.

Esto supuesto, una persona, bien situada socialmente que ella conocía, le comparte su situación económica precaria por una serie de circunstancias penosas. Yo no estaba en Granada y al volver me comparte el problema que yo por otra parte ya conocía. Pues bien, fue ella la que sugirió pedir ayuda al grupo de EE, sin decir el nombre, para echarle una mano. Ella que había pasado por situaciones de extrema pobreza, reaccionaba ante aquella situación real, aunque en un contexto ‘socialmente’ no de ‘pobreza’.

Esto me descolocó. Me hizo caer en la cuenta de algo serio: al parecer, los que estamos ‘situados’ tenemos la obligación de preocuparnos de los ‘necesitados’, pero éstos bastante tienen con ‘exigir’ sus derechos. Y esto no es así. Son los últimos los más pendientes de los que les rodean. La frase que tanto me extrañó la primera vez que la oí: *“Hoy por ti, mañana por mí”*, expresaba con fuerza algo importante. Hay reciprocidad cuando no hay posibilidad de protagonismo. Ella, que desde niña había vivido en contextos de extrema pobreza, siempre la conservó. No sólo vivía la reciprocidad, sino, lo más importante, la provocaba.

Es lo que antes aludimos: nadie ante ella se sentía ni por arriba ni por abajo, sino al mismo nivel. ¡Cuántas veces he comentado con personas que la conocían el dato de la cantidad de amigos que tenía de todos los niveles! Amigos que seguimos encontrándonos. Pero era ella la que hacía posible este milagro, desmontando cualquier desnivel.

Ya comenté cómo fue ganando prestigio. Todos los problemas, no solo familiares sino ajenos, terminaban en ella. Se convirtió en el referente indiscutible. Lo importante es que los que contamos con su ayuda, repitamos su disponibilidad y, sobre todo, su forma de hacerlo.

Pero su preocupación estrella en los últimos meses fue el deterioro del entorno en el que vivían sus padres que le lleva a buscarles una casa en algún pueblo de alrededor. Su movilidad era cada vez más precaria. Un hermano que vivía cerca de ella hizo posible sus salidas

para conocer las distintas casas en pueblos cercanos a Granada. Este hermano me comentaba, después de su muerte, que se sentía mal al haber consentido llevarla de un sitio para otro estando tan delicada, pero el negarle aquella ilusión sí que hubiese sido acelerar su gravedad.

Por fin encontró una casa en Atarfe, casa que conoció, pero no pudo disfrutar. El caso es que todo lo dejó bien resuelto y con cabeza. Recuerdo en aquellos momentos en que ella estaba intentando dejar todo bien arreglado, para que lo que a ella recibía cada mes de su antiguo piso pasase para pagar la hipoteca de la nueva casa, luego yo de fuera y me comenta: *“Pero yo he dicho que no quiero nada de ‘olivo’.”* *“¿Cómo dices?”*, le respondo. *“Sí, que nada de ‘olivo’”*, vuelve a insistir. ¡Lo que me costó averiguar que lo que quería decirme era ‘nada de euríbor’!... ¡Y tenía razón!, según los entendidos. Todo quedó resuelto a finales de noviembre.

Su despedida

A comienzos de diciembre del 2017 empieza a agravarse su situación. El 8 tienen que ingresarla. Recuerdo que la falta de oxígeno le hacía desvariar. Pero hasta en sus desvaríos tenía humor. Afirmaba que estaba en una discoteca. Les decía a sus hermanas que a mí no me llevasen, que no sabía bailar. A mí me contó que su madre bailó con un hombre y que ella intentaba distraer a su padre para que no la viera...

El día 11, yo tengo que salir para compromisos -Vitoria, Bilbao, Málaga, Madrid-, vuelvo a Granada el 22 y el 23 me voy a Córdoba con mi hermana, dejándola a ella ingresada. Vuelvo el 28 y ella había salido del hospital. El 30 está tan mal que no puede levantarse y tengo la misa en su dormitorio. La última con ella. Recuerdo que le dije que si quería que yo hiciera las lecturas, pero las hizo ella.

Al día siguiente, cuando llego a su casa, cerca de las 11 de la mañana, seguía durmiendo. Su hermana estaba en el salón. No quisimos despertarla, pero nos extrañaba la forma de respirar. Al final decidimos avisar a su madre y sus otras hermanas y llamar la ambulancia -que vino dos veces-, pero ella, con la energía que le caracterizó toda su vida, se negó a irse. El señor de la ambulancia decía que él no podía llevar a un paciente adulto contra su voluntad. Me acuerdo que fui al centro de salud de la Chana a preguntar si algún médico podía ‘obligar’ y me dijeron que sólo por orden de un juez. Yo la veía tan mal que el tiempo que tardé me preguntaba si me la encontraría muerta.

Aquella noche -Fin de año- recuerdo que cenamos juntos Inma y yo. Ella seguía en la cama en aquella situación semiconsciente. ¡Nunca se nos olvidará aquella cena! El día 1 de enero, con el consejo de Menchu (enfermera, muy amiga), por medio de un calmante que ella tomaba, conseguimos ‘engañarla’ y pudo llevársela la ambulancia al hospital. Enseguida le pusieron oxígeno, y esta vez sí recuperó su lucidez inmediatamente. Pero la vieron tan mal que pasó directamente a la UCI.

Allí, las visitas se reducían a media hora, por tanto, entrábamos de dos en dos unos minutos. Yo entré de los primeros. Ya se había cumplido prácticamente la media hora y sale

su hermana Custo que me dice: *“Adolfo, dice que vayas”*. *“Pero si ya he estado”*, respondo. *“Sí, pero quiere que vuelvas”*. Entro de nuevo y me dice: ***“Gracias, Adolfo, por haber querido ser amigo mío”***. Fue su despedida.

Tuvo el don de tocar fondo hasta el último momento de su vida. De todo lo que habíamos vivido desde que la conocí el año 87, se refirió a lo que sin duda fue lo más importante: la **amistad**. Además, ahora que comparto aquel momento, me sorprende su formulación. En efecto, la amistad no es algo que pueda programarse, sino ante todo es una sorpresa, un regalo que nos desborda. Pero es verdad que es algo que no llegará si una de las dos partes ‘no quiere’. Y no es lo mismo ‘querer’ que ‘apetecer’. En el querer es la persona la que decide, en el apetecer es la apetencia -que nunca está en nuestra mano y como nos descuidemos se traduce en capricho-.

Esto me lleva a constatar algo que todos los que la conocimos siempre resaltamos: a lo mejor, el *‘querer ser su amigo’* lo había posibilitado su sorprendente actitud de no ‘cerrar la puerta’ a nadie, aunque le hubiesen dado un ‘portazo’. Todo es recíproco en la persona. Podemos decir que fue una campeona en suscitar amistades -algo que hemos resaltado-. No podías no querer ser amigo de una persona tan limpia, tan sin doblez, tan acogedora y tan alegre en medio de tanto sufrimiento...

En esta situación terminal, siguió siendo la misma. No sólo su inteligencia, sino algo mucho más difícil en aquellas circunstancias: su humor. Estábamos su hermana Inma a un lado de la cama y yo al otro, y yo le insistía en la necesidad de que aceptase la diálisis. Ella no lo veía y mantenía su negativa. En un momento le comenta Inma: *“Ten cuidado que Adolfo te va a tirar otra vez a la papelera”*, a lo que ella contesta con rapidez: *“¡No quepo!”* Hacer un ‘chiste’ de la tragedia de su peso, consecuencia de tanta cortisona durante tantos años, es algo que en aquellas circunstancias nadie hubiese ni imaginado. Pero la Mari real superó todas nuestras fantasías...

Sus últimos días no estuve en Granada. Antes de irme para Vallbona de les Monges con una comunidad de religiosas cistercienses. Yo le comenté el compromiso que tenía de dar esas Bienaventuranzas y me dijo que me fuese. Al llegar les comuniqué la situación de su enfermedad y que si me avisaban de su agravamiento me volvería a Granada. Aceptaron y pude estar hasta la 5ª Bienaventuranza en que una de sus hermanas me dijo que había empeorado y preguntado por mí. Llegué el 10 de febrero por la tarde. Ya la habían sedado y no sé si me reconoció: sí abrió los ojos y movió los labios.

En esos días ocurrieron cosas importantes que espero sea su hermana menor -Inma- la que se decida a compartirlas. Pero me informaron de tres importantes:

- Cuqui, amiga suya de hacía años y encargada de la atención espiritual a los enfermos me contó que el día antes de llegar yo le pidió la comunión.
- El día antes de llegar yo -9 de febrero- era el cumpleaños de su madre. Pues dos días antes, llamó a Marisa, una amiga suya que sabía hacer dulces exquisitos con ‘inconvenientes’, como digo yo, y le pidió hiciese una tarta ‘sin azúcar’ -la madre era diabética- para celebrar su cumpleaños, y dijo que le comprasen una combinación color rosa. Se celebró el cumpleaños y le cantó a su madre el ‘Cumpleaños feliz’.

- Lo último que supe, fue algo muy importante para mí. Hablando con sus hermanas de aquellos días en que estuve ausente, me comentan que en algunos momentos parecía que ‘desvariaba’, y que les decía “*Yo ya tengo mi paraíso*”. Al preguntarles yo si dijo cómo era, me hicieron una descripción idéntica a la que ella me contó en Collado Mediano y que, intermitentemente, había surgido en distintos momentos con una precisión sorprendente. No sé lo que su situación terminal podía tener que ver en el relato a sus hermanas, pero es mucha casualidad que fuese la misma experiencia que, a lo largo de su vida fue el referente decisivo al mismo tiempo que inmutable.

Todo esto es una pequeña aproximación a lo que ha sido la vida de esta criatura que podemos considerar un verdadero milagro. Reducimos el concepto de milagro a los niveles físicos que puede controlar la ciencia, y otros niveles más inaccesibles y decisivos los descartamos. En efecto, se dan transformaciones, donde la ciencia pierde pie pero el ser humano agradece, se siente sorprendido y queda desbordado, que llegan más lejos y son más importantes que otros milagros más ‘reconocidos’.

En efecto, el que ella viviese una existencia tan plena, unida a una fragilidad tan extrema, y suscitase a su alrededor cambios tan notables podemos considerarlos como, lo que en varias ocasiones hemos citado de san Ignacio, la única señal de que algo “*sólo es de Dios nuestro Señor*”: aquello que experimentamos “*sin causa precedente*” (EE 330). Ciertamente, que este logro de vida se haya dado en una persona cuya infancia no fue la que nuestros ‘expertos’ describen casi ‘necesaria’ para un desarrollo normal y con una enfermedad tan agresiva desde muy joven, sólo tiene un nombre: un milagro de Dios, inexplicable, pero más real que todas nuestras construcciones mentales o científicas.

No quiero olvidar el último encargo que dejó a uno de sus hermanos y nada más terminar el funeral me llevó para cumplirlo. Ella sabía que lo había pasado mal con mi portátil, que incluso me había borrado archivos que me habían supuesto más de 20 días de trabajo... Pues bien, dejó encargado a uno de sus hermanos que me comprase otro, que es con el que estoy haciendo este trabajo. Se despidió como había ido por la vida: atenta a dar respuesta a lo que tenía delante, ***‘porque ser bueno es ayudar a los demás’***.

TESTIMONIO DE INMA (HERMANA DE LA MARI)

Yo con doce o trece años, después de que se casara mi hermana Custo que vivía con ella hasta entonces, mi madre me mandó a vivir con ella, porque se sentía más segura y así la Mari no estaba sola, por si le pasaba algo, yo llamarlos.

Mari pocas veces la vi decaída. Siempre fue una mujer independiente y recta -le gustaban las cosas bien hechas-. Para mí fue y es una pieza clave en mi vida. Yo siempre he dicho que ella era y es mi "madre", porque conmigo actuaba tal cual, y yo la sentía así.

Siempre ha estado muy pendiente de todos nosotros, preocupándose y estando ahí dispuesta a ayudar cuando acudíamos a ella. Nunca nos ha dado de lado. En cambio, alguno de nosotros no siempre estábamos ahí para ella, pero eso nunca fue un problema. Ella permanecía para nosotros.

Yo siempre he sido su 'niñata', palabra con la cual me describía, pero lo que me ha enseñado mi hermana a lo largo de mi vida, no lo cambio por nada. Siempre me ha dado consejos y me ha dicho las cosas y tal y como eran, sin adornos. Me soltaba reflexiones para que yo pensara, cosa que nunca he hecho hasta ahora, y por tanto se lo debo a ella.

Cuando mi hermana se muda a la nueva casa, donde tenía más libertad para salir a la calle con su carro eléctrico, mis padres bajaban casi todas las tardes a verla, e incluso salían un rato a dar un paseo.

Ella veía a mi madre que se quejaba de los dolores de piernas, porque donde viven es un primer piso y son veinte escalones para llegar. Mi hermana, de vez en cuando, subía a la puerta de mis padres, y cuando nos bajábamos a su casa me decía: *«Lo que ha cambiado la puerta. Ya no se está a gusto. Hay que sacar a la 'mama' de allí.»*

En mayo de 2017, empieza un tratamiento para el riñón. Su enfermedad estaba empezando a dar problemas. En ese momento, ella junto a mi hermano Jose, deciden buscar una casa para sacar a sus padres de allí. Cada vez se veía más dependiente y con más dificultad para hacer las cosas. Su cuerpo no le respondía como antes. Ella sabía que su enfermedad cada día era un paso para atrás, pero nunca la vi hundida; al revés, la vi disfrutando y valorando el día a día.

Yo, personalmente, siempre he acudido a ella, porque en ella encontraba apoyo, paz y, sobre todo, sabía decirme las cosas sin imponerlas. En agosto del 2017, por problemas personales, me fui a vivir con ella, porque, como he dicho, me sentía protegida y podía hablar de mis cosas sin máscaras. Puse una cama al lado de la suya, porque no podía dormir y ella se preocupaba. Me decía: *«Inma, si te desvelas por la noche y no puedes dormir, me despiertas y hablamos hasta que se te pase.»* Dormíamos cogidas de la mano. Yo decía entre mí: *«Qué mujer con qué fuerza. Dispuesta siempre a ayudar. Si ella está peor que yo, con su enfermedad.»* Y, para colmo, con el tema del riñón, y tomando Rivotril para poder dormir algo, que me dijera eso, para mí era lo más grande en ese momento cumbre de mi vida. Ella, estando para que la cuidáramos, estaba pendiente de todos. Nunca la vi decaída, pese a la gravedad de la situación. Por las noches, antes de dormir, rezábamos juntas, y yo oía cómo le

pedía a Dios que se la llevara, porque ella aquí ya no hacía nada. Su enfermedad iba a peor, y ella no quería estar atada ni a una cama ni a una máquina. Yo decía: «*Señor, no le hagas caso. ¿Qué hago yo sin ella?*», y ella me respondía: «*Yo siempre estaré contigo y te cuidaré, pero desde arriba*», y así ha sido hasta el día de hoy.

A mí se me partía el alma cada noche escuchar la misma petición al rezar. Porque era una manera de ver que mi hermana ya no tenía fuerzas para seguir. Le costaba el doble que otras veces.

Recuerdo, el día que entró en la UVI, era la una del mediodía, hora de la visita y entramos mi hermano Lolo y yo. Yo al verle me tiré llorando hacia sus brazos y le dije: «*Mari, no te puedes rendir y dejarme aquí sola. Tú siempre has sido fuerte y has salido. ¿Es que ya no quieres estar con nosotros ni vivir en la casa nueva? ¿Por qué no quieres entrar en diálisis? Vas a vivir más*». Sus palabras fueron: «*No llores. Yo voy a hacer todo lo posible, pero si no lo consigo, me perdonáis*».

Estas palabras se me quedaron grabadas como tantas otras. Ella no era tonta, en absoluto. Sabía que aquello estaba llegando a su fin. Cuando la subieron a planta, una de las tardes, estábamos mi madre y mis hermanas, y de repente nos suelta que había venido el abuelo materno y mi abuela paterna, con los que había tenido mucho roce. La Custo le dijo: «*¿Qué te han dicho?*» Ella contestó: «*Que no me asuste, que no me voy todavía, pero que vendrán otra vez*». Nos quedamos sin palabras, no quisimos darle más importancia ya que no podíamos ni queríamos llorar delante de ella porque ella sufría.

Yo personalmente, desde agosto hasta el último día que ella estuvo en el tierra - febrero de 2018- fueron a pesar de la situación que estábamos viviendo los mejores momentos de mi vida. Compartir con mi hermana aquello me convirtió en otra persona capaz de valorar y disfrutar el aquí y el ahora. Aunque parezca una locura, nunca hemos reído tanto y disfrutado. Ella sabía de sobra que, sin ella iba a ser muy duro para mí. Por eso no quería que me fuese de allí: mi casa era el hospital junto con ella. No podía perderme de vista. Me llamaba y, a veces, se enfadaba porque iba a algún lado. Yo aprovechaba de 10 a 1 del mediodía para ir a casa a descansar. Se quedaba con ella Francis, una muchacha colombiana que desde septiembre la cuidaba y que fue un regalo para ella, y de 7 a 8 de la tarde para irme a duchar y volver junto a ella.

Dormíamos, como cada noche atrás en su casa, cogidas de la mano, ella en la cama y yo en el sillón. Así tres meses, menos algunas noches que Mari dejaba que me fuese a casa y se quedaban alguna de mis dos hermanas: la Encarni o la Custo.

Ahora entiendo por qué ese sosiego que tenía estando conmigo, ella me estaba preparando para su viaje y también enseñándome a la vez que era lo mejor para todos. Mi día a día con ella en esas condiciones tan malas, digo malas porque la diálisis no le hacía nada. Sólo la mantenía cuerda dos o tres horas. Las demás eran dormidas y con 'encefalopatía', pero ni con esas, tenía mal carácter, al revés, tenía caídas muy buenas y divertidas.

Tuvieron que llevarla al PTS para dializarla con una máquina especial para los que tenían hepatitis B. La noche antes no me quedé con ella y al despedirme de dije: «*Mari, no*

vayas a morirte esta noche que no estoy». Al día siguiente, al llegar por la mañana al PTS, estaba dormida y al despertarse me dijo: «*¡Que no me he muerto!*»

Todas estas cosas me hicieron caer en la cuenta que, cuando quieres a alguien, quieres lo mejor para ella. Y yo amaba y amo a mi hermana, y era muy egoísta de mi parte querer que viviera en aquellas condiciones. Yo sólo quería que no sufriera más, ni verla muerta en vida, porque la mayor parte de los días se los pasaba dormida profundamente. Cada vez costaba más despertarla y cada vez que lo hacíamos era una bordería lo que nos decía. Teníamos que reír porque era la única manera de sobrellevar aquello. Ella no quería vernos llorar y hacíamos todo lo posible para que así fuese. En ese momento, sólo importaba que ella estuviese bien.

CARTA DE TEODORO GALACHE PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN

¡¡GRACIAS MARI!

(María Luisa Fernández Moreno)

Queridos socios de Acheesil:

Aunque esta carta la firme como Presidente de Acheesil, lo que me sale compartir con vosotros es desde lo más hondo de mí. El dolor que todos compartimos por la pérdida de nuestra querida Mari se queda pequeño con las “Gracias” recibidas a través suya.

En este sentido, lo primero que me sale es darle las gracias a nuestro querido Adolfo. Con esa sensibilidad tan despierta que él tiene, pronto descubrió en Mari un tesoro, esa “perla” de la que habla el Evangelio, pero no lo quiso “guardar para él”, lo ha compartido con todos sus amigos. Además, en ella Adolfo se encontró con la comunión de “sus dos mundos”, el de los gitanos, con los que ha compartido años de vendimias y ladrillos, vivienda y barriadas, miseria y risas,... ¡¡camino y sabiduría!!, y el de nuestro querido Ignacio de Loyola y sus Ejercicios Espirituales.

Y de aquí surge la primera “Gracia” recibida. Todos sabemos que el principal tesoro de esta Asociación son los “Apuntes de la Mari”. Gracias a ella y a Adolfo se hace posible que la experiencia de los Ejercicios de San Ignacio pueda llegar a cualquier tipo de persona, con independencia de su formación, y muy especialmente a la gente más sencilla, la que más “abajo” está. Recuerdo con emoción la comunicación epistolar que hubo entre la Mari y los presos de la cárcel de Martutene, donde brotaba el común agradecimiento a San Ignacio y sus Ejercicios.

Hay personas que nos vamos encontrando en la vida y que, no sólo no te dejan indiferentes, sino que te dejan huella, un poso que agradeces. Para mí la Mari es una de ellas, nos ha hecho unos regalos muy especiales:

- Aunque su enfermedad le daba “excusas” para quejarse o dar lástima, nunca fue de víctima por la vida. Siempre afrontó su lupus con coraje y valentía. De una manera muy natural, no se ponía nunca por encima o por debajo de ti. Su enfermedad nunca le limitó, siempre tiró “pa'lante”.
- Se relacionaba contigo de una manera muy sana y transparente, con sus limitaciones, incluso a veces utilizando su sentido del humor, sin sentirse acomplejada o minusvalorada, y ese es el mejor espejo que se puede tener, porque te daba a ti la misma oportunidad: ver aquello que no te resulta cómodo de ti mismo con honestidad y no esconderlo ni exhibirlo. ¿Qué mayor amor se puede tener por uno mismo y por los demás que *“sentir y gustar de las cosas internamente”*?
- Mari “no se miraba el ombligo”, en ella siempre había una preocupación por los demás, se acordaba de tus hijos, de tu familia, de los amigos comunes... siempre te preguntaba y “seguía el hilo” de tus preocupaciones.
- Mari siempre vivió en el presente, ni planificaba el futuro ni se anclaba en el pasado. Ella sabía disfrutar de cada momento. Vivió su vida con realismo y aceptación, pero nunca desde la resignación; ella no “quemó energías ni tiempo”, como nos pasa a muchos de nosotros, en luchar contra la realidad que le había

tocado vivir, no ofreció resistencia, ni tampoco huyó ni se evadió... siempre afrontó, aceptó su vida y la disfrutó.

- ... Y todo desde una fe y un amor por Jesucristo que, cuando ella te lo contaba con tanta sencillez, te conmovía, de “dejaba tocao” por dentro.

Gracias Mari: ahora, desde la eternidad que disfrutas junto a nuestro Padre, tu mirada y sonrisa nos seguirán acompañando.

Teo Galache (presidente de Acheesil).

APORTACIÓN DE DIEGO MOLINA MOLINA

Conocí a Mari al final del año 1992, cuando yo estaba recién llegado a Almanjáyar y ella se preparaba para presentarse a un examen que le consiguiera el primer grado de formación profesional.

Un día a la semana venía por la casa a estudiar lengua y entre los dictados, los verbos irregulares, las redacciones y la ortografía hablábamos de lo humano y de lo divino. En ese momento la enfermedad todavía no había mostrado su cara y Mari tenía toda su vida por delante. La amplia redacción de Adolfo me evita la descripción de muchas de las experiencias que compartimos y solo quiero describir los posos que me ha dejado la relación de 27 años con Mari y subrayar las actitudes o, si se quiere, las cualidades de Mari, que me han dejado huella.

1. La misma Mari de siempre. Se podría pensar que Mari fue distinta a partir del momento en el lupus apareció en su vida, pero no consigo recordar mucha variación en ella. Más bien me parece que siempre fue la misma y que encaró la enfermedad como encaraba todas las cosas de su vida.

Mari hablaba de su vida con una naturalidad pasmosa y siempre desde una perspectiva positiva, incluso de aquellas realidades que se podían calificar de mejorables. El hecho de que hubiera dejado la escuela pronto para cuidar de sus hermanos era algo que se caía por su propio peso; sus años adolescentes revueltos formaban parte de su proceso de maduración; el hecho de que, al final, no se había casado era lo mejor que le había pasado porque no había encontrado con quién...

2. Todo servía para el bien. Con esta frase que remite a la carta a los Romanos quiero expresar la aceptación de que lo que viniera era lo que tenía que venir, o mejor era algo con lo que había que vivir, como otros tenían que vivir con lo que se les hubiera puesto en el camino. Esta aceptación, que se manifestó de forma tan clara en el proceso de la enfermedad, también se veía en cosas pequeñas muy concretas, pero quizá especialmente en que nada le dejaba amargura ni resentimiento por lo que no se podía esperar quejas por lo que le pasaba: y así no la oí quejarse después de que un brote de su enfermedad le impidiese viajar a Frankfurt, donde habíamos quedado, y esto cuando estaba llegando ya al aeropuerto para tomar el avión; no se quejaba cuando los planes realizados para asistir a alguna reunión de ejercicios en Madrid o para hacer alguna pequeña salida a Gualchos o a Cherín no podían llevarse a cabo... No puedo recordar ninguna conversación en la que el tema principal fuese “cómo me hubiera gustado que...” o “por qué me ha tenido que tocar esto a mí...”.

3. La claridad de juicio: Un día, comentando una situación con una persona muy cercana que había hecho algo que no le parecía bien y que le había llevado a tomar una cierta distancia de ella, y ante una observación mía de que los ejercicios que estaba haciendo le podían ayudar a tomar la decisión correcta, me comentó: “Mira Diego, sé lo que Dios quiere, sé lo que tengo que hacer... pues no me da la gana”. La claridad que tenía acerca de lo que pasaba dentro de ella, una claridad que le acompañaba también cuando tenía que valorar las diferentes situaciones por las que pasaba, fue algo también presente durante toda su vida.

4. El descentramiento, el pensar en los otros. Toda enfermedad es una invitación a centrarse en uno mismo. La enfermedad tiene la capacidad de convertirnos en egoístas con razones para ello y, sin embargo, Mari siguió siempre preocupándose por aquellos que la rodeaban. En primer lugar siguió estando atenta a las situaciones diversas por las que pasaban los miembros de su amplia familia. Era capaz de describir objetivamente dichas situaciones y, al mismo tiempo, también de ponerse en el lugar de los demás para, desde ahí, tomar decisiones. Ante mis observaciones, cuando alguna decisión no era del todo de mi agrado, su respuesta siempre era: ¿Y qué voy a hacer? Atenta también a las personas que, de formas diversas y en diferente grado, entraban en relación con ella. Mari estaba atenta a las celebraciones de los otros (santos y cumpleaños), atenta ante las necesidades puntuales que pudieran tener otras personas...

5. La gracia para decir las cosas. ¿Por qué las cosas dichas por ciertas personas molestan mientras que las mismas cosas expuestas por otras se pueden recibir de manera que nos ayudan a crecer? Esta experiencia es común a todos y sin querer hacer ahora una reflexión sobre las causas de esta diferencia, Mari era capaz de decir las cosas sin que molestaran. Seguramente porque uno nunca se sentía juzgado, porque Mari nunca se colocaba en la postura del que quiere pontificar o hacer juicios infalibles sobre la otra persona, sino que sencillamente venía a decir: “Mira, esto es lo que yo veo, porque creo que además es así... pero tú verás”.

También tiene que ver con la “gracia” con que decía las cosas. Gracia no significa chistosidad sino, más bien, la capacidad de saber expresarse con humor, como cuando me repriminaba a mí mi subida de nivel de vida (que iba conectada a los cambios de residencia en Granada, algo a lo que yo le respondía de la misma manera) o cuando avisaba a Adolfo de que ya no tenía edad para volar a América.

6. El cuidado de los detalles. Todos tenemos manías y creo que todos tenemos derecho a tener alguna, siempre que no supongan una molestia para los demás. Mari también las tuvo y quiero describir una porque a mí me habla de ternura y normalidad y porque es exponente de actitudes más profundas. Siempre recuerdo su interés por que la encimera de la cocina quedara totalmente seca. Esto es comprensible ya que era una encimera de conglomerado que podía estropearse fácilmente si quedaba húmeda. Lo que impresionaba en Mari es la coherencia con la que siempre lo recordaba hasta convertirse en un pequeño juego de discusiones entre nosotros. Esto habla de su capacidad por cuidar las cosas que tenía y su nula propensión al despendio; también por su capacidad de mirar los detalles, algo que también le acompañaba en la relación con las personas. La de cumpleaños y santos que hemos celebrado en su casa... la de encuentros que ha posibilitado alrededor de la mesa del comedor...

7. La fuerza de la palabra. Desde los primeros momentos en que nos juntábamos para las clases de lengua que le daba por los años noventa, quedó claro que la escritura no era su fuerte, mientras que la palabra sí que lo fue. A Mari le gustaba hablar, comunicarse, compartir. Le sanaba que nos juntásemos para formular aquello que llevábamos dentro. El trabajo realizado con los apuntes de ejercicios es prueba de ello, como también lo es que las conversaciones, por más que fuesen sobre temas cotidianos, terminaban en aquellas cosas que

importaban. En este campo tengo la impresión de que lo importante no eran los temas (que también, aunque no puedo recordar muchas conversaciones sobre temas muy trascendentes) sino que lo que Mari decía transparentaba lo que era. En un mundo en el que la palabra está vacía de realidad, encontrar a una persona en la que se “identificaba” palabra y ser era una bendición. Mari, como toda persona, era un misterio, pero un misterio que se transparentaba sin necesidad de tener que protegerse ante los demás.

8. Profundidad espiritual sin alharacas. Creo que esto ha quedado claramente reflejado en lo que Adolfo ha escrito pero quiero subrayarlo. La espiritualidad de Mari hablaba de que es verdad eso de que Dios se encuentra en lo más íntimo de nosotros mismos y que a Dios hay que verlo y mostrarlo en la vida cotidiana en la medida en que nos entregamos a los demás. En este sentido sus intervenciones (como las peticiones en la misa o el comentario a partir del evangelio) eran fundamentalmente concretas... A Dios se le encuentra en la vida real, en los encuentros con los otros que se dan en medio de unas circunstancias nunca abstractas y por eso hablar con la Mari era referirse a cosas que habían pasado en el barrio o en el mundo; era hablar de cómo vivíamos el momento presente con las circunstancias por las que estábamos pasando...

9. El disfrute de la vida. Limpieza “anual” de la casa de Almanjáyar, viajes por el norte de España, días en Gualchos, comidas y eucaristías en su casa... Mari sabía disfrutar de la vida porque todo era vivido como un regalo. Ni siquiera la enfermedad pudo aminorar algo que siempre estuvo presente. Mari sabía disfrutar y entonces hacía que todo fuese más fácil para que los demás también lo pasásemos bien.

10. La importancia de los demás en la vida de Mari. Entiendo que Mari ha pasado por la experiencia de la soledad y que esta se presentaba a veces más duramente debido a su enfermedad, pero Mari fue alguien a la que le gustaba estar con gente. Le daba vida compartir con otros y en ella, eso de que las alegrías compartidas eran mayores alegrías mientras que las penas compartidas se vuelven menos penas, era totalmente cierto. Le bastaba expresar alguna pena que tenía para recuperar prontamente el ánimo.

Si nunca podemos pensar a Jesús como un ser solitario, tampoco lo podemos hacer con Mari, ni convendría hacerlo con nosotros. Todos somos el resultado de la acción de muchos y entre esos muchos, Mari ha tenido un papel importante debido a su forma de ser y a las circunstancias concretas que le tocaron. La verdad es que me la imagino en el cielo, pensando algo parecido a “ya me lo podrías haber dicho esto cuando pudiste” en lugar de esperar ahora donde ella ya no puede decirnos lo que piensa, porque estoy seguro de que, si estuviera aquí con nosotros, nos haría más de una corrección a todo esto.

APORTACIÓN DE MENCHU PÉREZ CHAMORRO (enfermera muy amiga suya)

A simple vista Mari era una persona sencilla, amable, alegre cuando yo la conocí. Aún no había hecho mella en ella las tremendas secuelas de la enfermedad que con el tiempo, en un largo proceso de lucha y valentía, llega a postrarla en una silla de ruedas.

Su vida, en los últimos veintitantos años, estuvo condicionada por un dolor físico casi incontrolable y una incapacidad de movilidad progresiva contra la que peleó mientras pudo.

Con este panorama cualquier persona -joven como ella- se hubiera venido abajo entre lágrimas y lamentaciones. Mari no. Ella entendió en seguida que *“si estás de quejas todo el día, la gente se cansa de oírte y deja de venir a verte”*.

Aprendió a reconstruirse, a mantener su vida en positivo, como si a ella no le pasara nada importante, a relacionarse con todos, sin que su situación condicionara las circunstancias de los demás.

En el trato personal el interés estaba siempre en los otros, en sus problemas, en lo que ella pudiera facilitar o ayudar.

Nunca se preguntó: *“¿Qué va a ser de mi vida?”*, sino algo muy distinto: *“¿Qué espera la vida de mí?”*, y a ello se dedicó a fondo perdido.

Así, consiguió la aceptación de su situación con una dignidad y una disposición de ánimo envidiables.

La humildad fue una de sus principales características en todo lo que hacía. Fue poco a poco adaptándose a la realidad con su optimismo vital, la riqueza de su espíritu y cierto sentido del humor. Jamás hizo alarde de esta adaptación, tampoco de sus quejas, que una vez formuladas no volvía a hablar de ellas. La manera de entender la aceptación y la adaptación a su realidad, la fueron llevando poco a poco por el camino del crecimiento y realización humana y personal, con una sabiduría, inteligencia y fortaleza realmente admirables de la que además nunca hizo gala.

Pensando en Mari, conociendo el largo proceso de su enfermedad, las tremendas renuncias a las que se vio obligada, no puedo dejar de reconocer el valor de su ejemplaridad para la que la conocimos de cerca.

Fue una luchadora incansable, perseverante, lúcida, serena, que comunicaba paz interior. Nunca la vi comparando su suerte con la de nadie, no percibí que tuviera miedo, ni envidia, ni celos. Sus planteamientos estaban muy lejos de todas estas cosas.

Otra de sus virtudes era la ausencia de rencor. Nunca te pedía explicaciones por haberla fallado en algo o por no ir a verla con la frecuencia prometida. Su amistad no tenía límites.

No perdía de vista lo esencial. Sabía que la vida era un proceso donde la importancia es seguir, a pesar de las dificultades, con la mayor dignidad posible. Mari era una persona con una inteligencia natural, honesta, abierta al bien, a la verdad que supo iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad de su alma y espíritu.

Su sufrimiento no era estoico. Supo quejarse con cierta elegancia, sin amargura, sin hacer de ello el eje de su vida, reconociendo el dolor, buscando la ayuda y la fuerza en el aliento de Dios para poder afrontar la realidad poniendo en juego la totalidad de su persona.

Tenía una capacidad inmensa para la bondad, para dar sin buscar recompensa, para escuchar sin hacer juicios, para amar sin condiciones. Y casi sin pretenderlo nos enseñó con su ejemplo a amarnos y perdonarnos, a tener compasión y comprensión con nosotros mismos y a ser capaces de regalar lo mismo a los demás. Sencillamente. Sin darse importancia.

Ojalá no olvidemos nunca su ejemplo. Confiemos como Mari en que sepamos buscar como ella el aliento Divino y que no nos falte nunca.

APORTACIÓN DE **FERMINA PUERTA EN MUJERES CON NORTE** (8 marzo 2019)

En recuerdo de Mary

El día 11 de febrero se cumplió un año de la muerte de M^a Luisa Fernández Moreno, para su familia, vecindario, amigas y amigos “la Mary”.

En plena juventud, tendría veintitantos años, una enfermedad cruel, se cebó en ella. Pero Mary, luchadora incansable, le hizo frente.

La mayor de 10 hijas e hijos de una conocida familia gitana, implicaba que desde casi una niña asumiera responsabilidades en la crianza de sus hermanas y hermanos, y cuidado de la casa. Muy pronto tuvo que dejar la escuela, pero su inteligencia y saber moverse en su medio, no la achicaron, al contrario, se creció.

Con apenas veinte años, entró a formar parte del Equipo de Trabajo de la Guardería: Centro de Atención Familiar, en donde realizaba tareas de limpieza y apoyo al comedor. Haber criado a sus hermanos y hermanas, le daba un desparpajo en la atención a los niños y niñas, fuera de lo común para su edad. Por otra parte, su conocimiento del barrio y de las familias, facilitaba a las demás compañeras una visión cercana y realista del barrio y sus gentes.

Pronto la enfermedad hizo mella en su salud y aparecieron las limitaciones físicas. Y aquí es donde Mary volvió a dar la talla. Es verdad que muchas personas enferman jóvenes, pero la respuesta que ella ha dado, no sólo es digna de admiración para las personas que la conocimos, sino fuente de aprendizaje, como saber encarar la realidad que te toca, no ocultándola, sino asumiendo la realidad, y siempre como respuesta, “hay otros todavía peor”.

Durante estos largos años de enfermedad, pues en Abril cumpliría 50 años, tuvo siempre una sensibilidad especial para los problemas del barrio. No se olvidaba nunca de las personas enfermas, “de los viejecillos que están solos” y de las y los jóvenes, su gran preocupación.

Mary había tenido una juventud difícil, llena de carencias materiales y mucho trabajo, pero eso nunca le marcó negativamente, al contrario, si se preocupaba tanto por las personas más jóvenes es porque decía que ahora todo se les daba hecho y eso no era bueno.

Fue una mujer gitana, fuerte y decidida y de alguna manera apuntó a los valores que siempre han adornado a las mujeres gitanas, especialmente lúcida en defender su libertad y autonomía. Estos dos valores le acompañaron hasta la tumba.

Su recuerdo en estas fechas nos obliga a tener este pequeño reconocimiento a una mujer luchadora, libre y muy del polígono. Era una mujer del norte y con norte y por eso hoy es la mujer de nuestro recuerdo, homenajeadada con todo derecho desde estas páginas.

Traigo aquí las cuatro Eucaristías que hemos tenido por ella, con los textos que se leyeron. Algunas cosas ya las conocemos, pero he creído oportuno aportar algo que los que la habíamos rodeado compartimos.

FUNERAL MARI

(12 de febrero de 2018)

Lecturas

1ª lectura: I Cor 15,12-20

Si se anuncia que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección? Pues bien: si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Cristo a quien no ha resucitado... si es que los muertos no resucitan. Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido; seguid estando en vuestros pecados; de modo que incluso los que murieron en Cristo han perecido. Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto.

Salmo 23:

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

Evangelio: Mt 5,1-10:

Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

¡GRACIAS MARI!

Os extrañará que no hable yo en esta Misa en la que despedimos el cuerpo tan frágil de Mari, pero en la que tenemos presente el regalo que para todos ha supuesto haberla conocido. El motivo de no hablar yo, ya lo predijo ella misma. En uno de los graves brotes de su enfermedad, hace cosa así de 20 años, un día hablando conmigo me dijo lo siguiente: *“Adolfo, si me muero, no digas tú la Misa, porque lo vas a pasar muy mal.”*

Como en tantas otras cosas, tenía razón, y si intentase personalmente compartir con vosotros el regalo que ha supuesto, no sólo para mí, sino todos los aquí presentes, no sólo lo pasaría yo mal, sino todos vosotros al no poder contener las lágrimas, no precisamente de tristeza, sino de agradecimiento de haberla conocido.

Dado que el tiempo de que disponemos no es mucho, voy a intentar comentar con vosotros lo que todos sabemos de Mari. Digo que todos lo sabemos, porque nunca iba con tapujos, sino que te soltaba lo que tenía que decirte con toda su crudeza y siempre por tu bien, y nunca teníamos palabras para negar lo que nos decía. Era muy clara, yo diría, muy limpia. Nunca pretendía quedar bien, sino abrir los ojos y ayudar al que tenía delante, diciéndolo, a veces, con esa energía que tenía en todas las cosas, pero que, aunque nos doliese, muy pronto había que reconocer tenía razón, si usábamos la cabeza.

Quiero fijarme en tres cualidades que tuvo: una gran inteligencia, un gran corazón, y una fuerza –ánimo- que ha hecho que una enfermedad tan grave como la suya no se la haya llevado antes.

- **Una gran inteligencia.** ‘Estudios’ no los tuvo –ni los echaba de menos- pero posiblemente sea la inteligencia más despierta que haya conocido. En efecto, somos inteligentes porque somos capaces de ‘hacernos cargo de la realidad’, no por lo que ‘se dice’, sino por lo que uno ve que ‘merece la pena’ o que ‘no está bien’. Esta capacidad la tenemos todos. Otra cosa es que la usemos, y ella lo hacía. Y lo hacía porque era

libre y tenía una gran **personalidad**. Poco le importaba lo que los demás dijese, si ella tenía claro algo, lo defendía sin complejos, o mejor dicho, lo vivía. Ella me ha descubierto que, en efecto, la inteligencia no depende de que hayas estudiado mucho, sino de que la uses. A veces personas con ‘muchos estudios’ no pasan de ‘discos duros’, pero ellos no son capaces de dar respuestas ‘con cabeza’ a lo que la vida les pone por delante. Y aquí aludiría a un mote que le pusisteis muy pronto –todos los hermanos os habéis puesto motes-, y que algunos seguís usando: el de ‘Monja’. Nunca vi que lo rechazase o se defendiese, pero ella seguía viviendo lo que para ella había supuesto una experiencia que no podía negar.

- **Un gran corazón.** En todas las dificultades que tuvo que superar, y no me refiero a la enfermedad, nunca le dejaron amargura y menos rencor. Siempre procuró pensar en hacer bien al otro –a veces con palabras duras y claras-, pero nunca con revanchas. No ‘guardaba’ nada, al contrario, volvía a intentar hacer bien a la persona, aunque en ese momento el otro no entendiese sus ‘razones’, pero su firmeza y su verdad se imponían a la larga. Hoy pretendemos quedar bien por encima de todo, pero ella tenía muy claro que no se puede engañar a la persona que quieres, aunque en ese momento no lo entienda. Por eso digo que tenía un ‘gran corazón’ que siempre apuntaban a un final que era lo mejor, aunque, posiblemente, nadie lo veía. Y es que ese ‘corazón’ lo dirigía una inteligencia poco común, como antes dije.
- Y una **gran fuerza –ánimo-** que sobre todo tuvo frente a su enfermedad. Recuerdo cuando la operación de la pierna, para curarla tenían que darle anestesia total, porque no hubiese resistido el dolor. Pues bien, más o menos al mes y medio decidieron curarla ya sin anestesia. Yo llegué al hospital después de comer, y la cura había sido antes de la comida. Al entrar en la habitación me dice: *“Adolfo, me he visto la pierna. La enfermera me dijo que no me la mirase, pero yo le dije ‘si es mi pierna, por qué no voy a vérmela’”*. *“Y qué”* –le pregunté-. *“Adolfo, me entra el puño en lo que me falta de carne”*. Y creo que todos los que estamos aquí vimos esa pierna. ¡Que una muchacha, de unos 27 años que tendría en aquel momento, te comente una realidad tan dura con esa fortaleza! Esta capacidad de afrontar lo que se le pusiese por delante es lo que ella decía que más tenía que agradecer a san Ignacio de Loyola que le había enseñado que ‘en tiempo de dificultades, nunca arrugarse’. ¡Y lo vivió! Esta mujer no tuvo ni una idea: todo fue **vida**.

Y no quiero dejar de deciros lo más importante que me ha dado. Ella, en un encuentro en un pueblo de Madrid (Collado Mediano) en el que compartimos las Bienaventuranzas –el Evangelio que hemos leído- tuvo una experiencia de Dios que nunca se le olvidó. A raíz de este momento quiso hacer los Ejercicios Espirituales que yo daba. A los dos años apenas habíamos avanzado. Estábamos en Benarrabá, un pueblo de la serranía de Ronda, María Armada, ella y yo solos. Habíamos quedado en vernos a las diez de la mañana, y al llegar yo me dice: *“Adolfo, esto no sirve para nada. ¿En quién estabas pensando cuando escribiste esto?”* *“Pues mira, en ti no pensaba, sino...”*, le contesté -y le dije quienes eran-. *“Pues servirá para ellos, pero son palabras muy técnicas. Pero sirve lo que hablamos. ¡Hay que hacer otros apuntes!”* De las cosas más importantes que me han ocurrido en mi vida. Que una persona te diga que aquello que tú has hecho no sirve, pero se ofrezca para hacerlo mejor es un privilegio que no todos tienen, y yo lo he tenido. Tardamos dos años y medio en hacerlos, y eso

ha motivado que personas de fuera hayan estado aquí al enterarse de su muerte, y otras que no les ha sido posible venir. ¡Gracias, Mari, en nombre de todos!

Pero hemos leído dos textos para despedir su cuerpo, porque su persona y lo que nos ha dejado sigue entre nosotros. En el primero nos dice san Pablo que *“Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe.”* En esta noche que pasé junto ella acariciando su mano viví muchas cosas. La primera, una frase que me dijo en otro momento duro de su vida -hace unos veinte años, en que estaba quejándose a Dios de sus dolores-. Yo estaba al lado en silencio, y como ella había hecho las Bienaventuranzas, se me ocurrió comentarle: *“Te pasa a ti lo que a Jesús, que estaba en la oración en el huerto hecho un lío sin entender nada”*, y me contestó: **“Pues ya somos dos”**. Esta respuesta nunca se me ha olvidado, pero esta noche me golpeaba. Siempre podremos decir los cristianos, pasemos por lo que pasemos –y hay una cosa cierta que es la muerte- que no podamos repetir hablando con Dios que **‘Ya somos dos’**. Ella estaba muriendo como Jesús en la cruz. ¡No estaba sola!

La otra cosa que me venía a la mente era la frase de san Pablo. Una vida penosa con todo lo que ha sufrido, pero que ha dejado tanto a su alrededor, si tenemos el valor de usar nuestra inteligencia –cosa que no siempre nos atrevemos-, no puede tener punto final, porque empieza lo que ha vivido y recoge todo lo que ha sembrado. Mari, está ya con el Señor. Ahora ha llegado a la experiencia que ella nunca olvidó y desde allí nos va a seguir ayudando.

El otro texto que hemos leído, las **Bienaventuranzas**, que tantas veces he dado y que ella sale por lo menos en dos ocasiones, es algo que sin saberlo ha vivido:

- **Bienaventurados los pobres de espíritu:** la de veces que ha aludido a su infancia, con tantas carencias, teniéndose que hacer cargo de sus hermanos desde muy pequeña, lo que le sirvió para afrontar las dificultades;
- **Bienaventurados los mansos:** nunca devolvió mal por mal;
- **Bienaventurados los que lloran:** su sufrimiento, nunca la encerró en sí misma, sino la sensibilizó al sufrimiento de los que se le acercaban;
- **Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia:** sus ilusiones las puso no en sus caprichos, sino en el deseo de ayudar y hacer el bien a los demás;
- **Bienaventurados los misericordiosos:** se aprovechó de sus fallos para ayudarnos a los demás en los nuestros. Nunca se consideró la mejor, pero nunca tiró la toalla, sino aprendió de ellos;
- **Bienaventurados los limpios de corazón:** nunca se justificó, aparentó o engañó a nadie, sino siempre fue sincera y leal con todos;
- **Bienaventurados los que hacen la paz:** su única preocupación era buscar la unión de los que la rodeaban. Le dolía como nada el que no supiésemos perdonarnos y empezar de nuevo;
- **Bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia:** no le preocupó lo que pensasen o dijese de ella: sabía que su ‘dignidad’ estaba en sus manos, no en las de los demás.

Por todo esto, y tantas cosas más, **gracias Mari**. Que sepamos aprovecharlo y ‘no lo tiremos a la papelera’. **Tú échanos una mano, pues ya estás con el Señor.**

MISA A LOS OCHO DÍAS

Lecturas

1ª lectura: I Samuel 3,1-10

El joven Samuel servía al Señor al lado de Elí. En aquellos días era rara la palabra del Señor y no eran frecuentes las visiones. Un día Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos habían comenzado a debilitarse y no podía ver. La lámpara de Dios aún no se había apagado y Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. Entonces el Señor llamó a Samuel. Este respondió: «Aquí estoy». Corrió a donde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado. Vuelve a acostarte». Fue y se acostó. El Señor volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte». Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado la palabra del Señor. El Señor llamó a Samuel por tercera vez. Se levantó, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Comprendió entonces Elí que era el Señor el que llamaba al joven. Y dijo a Samuel: «Ve a acostarte. Y si te llama de nuevo dí: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”». Samuel fue a acostarse en su sitio. El Señor se presentó y llamó como las veces anteriores: «Samuel, Samuel». Respondió Samuel: «Habla, que tu siervo escucha».

Salmo 139 (Versión de la Mari)

Señor, tú me buscas en lo más hondo.

*Padre de todos y de todas las cosas,
Tú me buscas en lo más hondo,
Sabes todo de mis pensamientos,
Los conoces bien y por dónde ando.*

Señor, tú me buscas en lo más hondo.

*Hay cosas que yo todavía no conozco,
Pero tú, poco a poco, me las enseñas,
Me agobias, pero nunca me dejas de tu mano.*

Señor, tú me buscas en lo más hondo.

*¿Qué haría yo lejos de ti, si no creyera en ti?
¿A dónde podré ir que tú no estés?
Porque en todas partes estás.*

Señor, tú me buscas en lo más hondo.

Segunda lectura: Mt 25,31-40

«Cuando venga el Hijo del hombre, y todos sus ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquier-

da. Entonces dirá el rey a los de su derecha: *“Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”*. Entonces los justos de contestarán: *“Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”*. Y el rey les dirá: *“En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”...»*

¡GRACIAS MARI!

Al comienzo de su enfermedad, todos creíamos que iba a dejarnos muy pronto. Pero empezó a no tener ‘brotes’, y en los últimos años, yo estaba convencido que me moría antes que ella, dada mi edad. Sin embargo, no ha sido así. Esto quiere decir que me siento con la obligación de compartir con vosotros el regalo del Señor que ha supuesto su vida para todos los que la hemos rodeado. Al haber estado cerca de ella desde el año 88, me siento obligado a dar a conocer lo que ha compartido conmigo.

Cuando la ingresamos en el hospital el día 1 de enero, que casi directamente entró en la UVI, después de haber pasado de dos en dos, la Custa que fue de las últimas que entró, me dice al salir: *“Adolfo, dice que vuelvas”*. Volví, y es que estaba despidiéndose: *“Adolfo, gracias por haber querido ser amigo mío”*. La Custa sabe cómo salí. Pues bien, este privilegio de haber querido ella también ser mi amiga, me obliga a compartir algunas de las cosas más importantes que me comunicó.

En ese sentido me siento un privilegiado, pues nunca quiso lucirse -como nos descuidemos vamos por la vida chuleándonos-, y difícilmente compartía con todo el mundo temas que para ella estaban en lo más ‘hondo’, nos ha dicho en el salmo. Nunca quiso figurar ni darse importancia. Cuando terminamos los apuntes de los Ejercicios le dije que tenía que aparecer su nombre y se negó con la energía que todos conocemos. Pues quiero comentaros algunas de estas cosas desconocidas, pero que, sin duda, han sido las más importantes en su vida.

En la Misa del entierro, hablando de su gran personalidad comenté: *“ella seguía viviendo lo que para ella había supuesto una experiencia que no podía negar”*. Es lo que quiero compartir con vosotros. Para ello hemos leído un texto del Antiguo Testamento y otro del Evangelio, lo mismo que el salmo 139 que ella se aplicó a sí misma y que nos descubre su experiencia de Dios.

En efecto, hemos leído la llamada del Señor a Samuel. Pero dice la Biblia: *“En aquellos días era rara la palabra del Señor y no eran frecuentes las visiones”*, igual que ahora, podemos decir. Pero después comenta: *“Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado la palabra del Señor”*. Lo mismo que a ella y a mí. Pero la experiencia que me contó en Collado Mediano, entre sorpresa y susto, ha sido algo decisivo en su vida. Siempre que en nuestra conversación salía aquello que vivió, lo contaba como la primera vez. Yo le pedí varias veces

que por qué no lo escribía, pero nunca lo conseguí. Lo que si es verdad es que aquello no fue un 'sueño', sino una experiencia que sólo Dios puede provocar y, sabemos que es de Dios, en que la fue cambiando. Pero no sólo cambió, sino algo más difícil: que soportó una vida que a todos nos espantaba. Aquella 'fuerza' no eran sólo 'cojones', sino algo que le hacía no tirar la toalla cuando estaba a punto de hacerlo. ¡Cuántas, veces al volver de fuera, en la Misa que teníamos todos los días, daba gracias a Dios porque le daba fuerzas cuando ella creía que ya no le quedaban!: *"Y sin saber cómo, Adolfo, me da fuerzas"*.

Su vida ha sido un milagro constante, porque una situación tan dura como la suya, y que veía que iba a peor, no la hundió. Por eso, cuando en el hospital me repetía: "Adolfo, es que ya no puedo, no tengo fuerzas", empecé a comprender que el Señor quería ya llevársela. Y digo que su vida fue un milagro, porque todos experimentábamos, cuando íbamos a verla, que pasábamos un rato agradable. Me acuerdo, cuando estando yo con ella llegaban sus padres –que en más de una ocasión coincidimos- lo primero que decía: *"Tráele una cerveza al papa"*. Siempre procuraba que lo pasásemos bien con ella, pero nunca engañaba al que tenía delante. Si tenía que decirnos cuatro verdades, lo hacía, y no pasaba nada, ni guardaba rencor.

Pero la señal más clara de que había sido Dios el que se le comunicó, es en que la llevó a estar pendiente de todos los que la han rodeado. Dice san Juan: *"Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve"*. (I Jn 4,20) ¿Quién de los que estamos aquí no tiene que agradecer algo a la Mari? Y, ¡atención!, que lo que siempre buscó es ayudar en lo que necesitaba el que tenía delante, no darle la razón para un capricho y, menos aún, engañarlo, 'riéndole la gracia'. ¡Cuántas veces, cosas que ella nos planteaba, en el momento nos molestaban, pero después veíamos que era lo mejor para nosotros!

Y voy a compartir lo primero que me sorprendió en ella. Estábamos vendimiando en Villarta e iba conmigo de 'espuerta'. Ella tenía entonces 17 años. Los de al lado comentaron en un momento: *"Pues ése será muy 'honrao', pero no es bueno"*. Yo le pregunté: *"Y eso qué quiere decir"*, y me respondió: *"Pues eso, que será muy 'honrao', pero que no es bueno"*. Seguí insistiendo y me dice: *"Hombre, Adolfo. Ser 'honrao' es no robar, no matar... todas esas cosas, pero **ser bueno es ayudar a los demás**"*. Y esto es lo que ella ha hecho a lo largo de su vida desde una debilidad total.

No quiero pasar a lo siguiente, sin contar algo que ella repetía y que le daba mucha importancia: su abuela la Custodia. Ella me contaba que fue su abuela la que le enseñó por la noche a 'hablar con Dios'. Después ella repetía que era por la noche cuando le era más fácil hablar con Dios.

Pero el trozo del Evangelio que hemos leído nos dice que se nos va a preguntar cómo hemos respondido a las necesidades del que tenemos delante: si tiene hambre, sed, está enfermo... Y lo curioso es que, si lo hacemos correctamente, Dios lo considera como si se lo hubiésemos hecho a Él. Y eso, aunque ni lo hubiésemos pensado.

¡Cuántas veces le oí decir: «*Dios nos lo encontramos en los demás*»! Y esto lo vivió hasta el final. Cómo nos sorprendía en el hospital, estando tan grave, estaba pendiente de todos los detalles para agradecer a los que le rodeaban. ¡La tarta a su madre!, el día antes de morir...

Ha hecho la vida más agradable –no más caprichosa- a todos los que la rodeamos. Esto nadie puede negarlo. Pero ahí no puede quedar nuestro recuerdo. Su gran satisfacción será ver que su vida nos dice algo y nos va cambiando o, por lo menos, empieza por ponernos colorados. Que esta vida –tan dura- haya merecido la pena a ella y a todos los que estuvimos a su lado, no puede caer en saco roto. Tiene que animarnos a ser mejores, y seremos mejores si ayudamos a los demás, si estamos pendientes de ellos.

Estamos recordándola en la Misa. ¿Y qué es la Misa? Recordar la muerte-resurrección de Jesús. Pero no es sólo recordar, sino que tenemos que hacerlo ‘en recuerdo suyo’. ¿Qué quiere decir esto? Que todo esto que tenemos que agradecer de ella no quede solo en la memoria, sino que lo vivamos. Que comprobemos que es mucho mejor ir así por la vida, que encerrados en nuestros caprichos y manías. Así terminamos amargados y amargamos a los demás. Que ella vea que, lo que ella ha vivido de una forma tan dura y sorprendente, intentamos repetirlo los que estamos todavía en esta vida: que nos haga mejores.

Y he dicho: “Que ella vea”, porque sigue junto a nosotros. Comentaba con alguien de vosotros cómo ahora no tengo que ir a verla, pensando: “¿Cómo estará hoy? ¿Tendrá dolor de cabeza? ¿Tendrá fiebre?...”, sino que la llevo al lado. Puedo contar con ella en cada momento. De verdad que siento su ayuda siempre. Y alguno de los aquí presentes me ha comentado lo mismo. ¡Sigue siendo nuestra amiga!

Pues, gracias, Señor, por el regalo que nos has hecho con su vida, pero que no quede en un recuerdo triste, sino en una tarea para que su vida la continuemos nosotros...

MISA DEL MES

Lecturas

1ª lectura: Sant 2,14-20

¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: «Tengo fe», si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y hartaos», pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta.

Y al contrario alguno podrá decir: «¿Tú tienes fe? Pues yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras y yo te mostraré por las obras mi fe»... ¿Quieres saber tú, insensato, que la fe sin obras es estéril?

Salmo: Luc 1,46-55

Demos gracias al Señor

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.*

Demos gracias al Señor

*Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí;
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.*

Demos gracias al Señor

*Él hace proezas con su brazo;
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos,
enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.*

Demos gracias al Señor

Evangelio: Juan 13,1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando: ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

¡GRACIAS, MARI, POR TU AMISTAD!

De nuevo nos encontramos para recordar a nuestra querida Mari. Como en las otras Misas que hemos tenido por ella, vamos a leer algunos trozos de la Biblia que nos ayuden a agradecer a Dios el regalo que ha supuesto para todos los que estamos aquí -y en tantos otros por otros sitios- el haberla conocido, o el haber oído hablar de ella. No podemos desperdiciar lo que ha sido una vida tan dura, pero al mismo tiempo tan llena, y que ahora se convierte en un recuerdo triste. No, hay que agradecer haberla conocido. Y esta tarde quiero agradecer algo que todos pudimos experimentar con ella: su **amistad**.

Digo 'que todos pudimos experimentar', porque la amistad se ofrece, pero tiene que reconocerla la otra persona. ¡La amistad no se impone! Deja de ser amistad. Por otro lado, es verdad que tampoco podemos asegurar ser amigos de nadie, porque los amigos 'se encuentran', son un regalo, una sorpresa. Y hay algo importante: no se pueden 'programar' las amistades, pero sí podemos hacerlas imposibles. Hay hasta un 'dicho': «Este tiene cara de pocos amigos». Pues bien, la Mari, fue por la vida de tal forma que tuvo muchos amigos y amigas. Nadie puede decir que no encontró en ella la posibilidad de ser su amigo, ¡y de verdad!

Pero nos dejó algo más importante: descubrimos qué es la amistad. Ya referí en las otras veces que he hablado de ella, que no 'le reía las gracias' a nadie, y menos 'hacía el paripé' por quedar bien. Siempre buscaba el bien de la otra persona, aunque en ese momento quien tenía delante no lo entendiese, pero al final tenía que agradecer su respuesta.

Todo esto está muy bien, y todos conocemos personas simpáticas que van por la vida haciendo amigos y sacando lo mejor de los demás. Pero en el caso de la Mari lo sorprendente es que esto lo hizo desde unas limitaciones tan dolorosas, tan duras, que parecía imposible que pudiese dar nada, sino que ella lo necesitaba todo. Pues desde ahí ha dado mucho más que lo que podíamos devolverle los que estábamos a su lado.

Por eso he leído las palabras de la Virgen cuando fue a visitar a su prima Isabel: «*porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí*». Nosotros podemos decir lo mismo de la Mari: ¡El Señor ha hecho obras grandes con ella! Pero la Virgen dice por qué ha sido así: «*porque ha mirado la humillación de su esclava*». En efecto, su vida no ha sido envidiable para nadie. Lo único que podía decir el que la conocía era: «¡Cuánto sufrimiento!» Porque ha sufrido lo increíble y de una manera permanente.

Sin embargo, los que hemos tenido la suerte de estar cerca de ella, la echamos tanto de menos por todo lo que nos daba. Desde aquella debilidad tan grande, nunca repartió amargura, sino todo lo contrario. Sabía disfrutar de ver a los demás contentos. Recuerdo la última cena que tuvimos con ella, en que guisó Diego. Todos, al llegar la encontramos un poco hundida. Al final de la cena estaba feliz viéndonos disfrutar. Repartía alegría y buen humor a espuestas; y también buenos 'consejos'. Era divertida y seria. En verdad era un milagro...

Por eso podemos decir que el milagro que hizo con ella el Señor es el mismo que dice la Virgen: *derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos*. ¡Cuántas personas conocemos que lo tienen todo y no nos dicen nada! La Mari carecía casi de todo -salud, estudios, riquezas- y estaba llena de bienes. A todos nos ha dejado lo que nunca podremos agradecer bastante.

Pero este 'milagro' no hubiese sido posible sin esa fe que la mantenía firme en unas circunstancias tan duras. ¡Cuántas veces, en la Misa, daba gracias a Dios porque le había dado fuerzas cuando ella ya no las encontraba! Por eso cuando en el hospital me dijo varias veces: «*Adolfo, es que ya no puedo*», comprendí que el Señor quería ya llevársela con Él. ¡Bastante tiempo nos la había dejado estando pendiente de nosotros!

Pero esta fe que la mantenía con fuerzas y ánimo era una fe hecha vida. Por eso hemos leído el trocito de la carta de Santiago, donde dice que la fe sin obras no es fe. ¡Cuánto le dolía y criticaba personas con muy buenas 'palabras', pero que después no podías contar con ellas. Ella siempre pudo decir las palabras de Santiago: «*¿Tú tienes fe? Pues yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras y yo te mostraré por las obras mi fe*». En efecto, todo lo que hacía, nunca lo 'echaba en cara' -¡Ni siquiera quería que se supiese! Tengo casos concretos que por respeto a su deseo no puedo revelar-. Una vez más tenemos que decir que su fe fue su vida, lo que hacía por los demás.

Pero esta fe hecha vida se traducía en que los que se ponían en contacto con ella se daban cuenta de que podían contar con ella, que merecía la pena ser amigo de ella, porque ella daba siempre confianza. En los últimos meses, dada su situación cada vez más penosa, todo lo que podía caer en mis manos pasaba por lo que estaba viviendo una criatura que tanto bien me había hecho, y me quedaba, sobre todo, con aquello que me ayudaba a comprender lo que tenía delante.

Pues bien, me encontré con unas palabras del papa Francisco hablando del diálogo -y no hay amistad sin diálogo- que me explicaron lo que yo veía en ella. Venía a decir: No hay posibilidad de encuentro amistoso si no sabes quién tienes delante: si está aparentando o quiere darte la razón para quedar bien contigo. Hay que tener la capacidad de acoger al otro no 'como a un enemigo' sino como 'un compañero de ruta', sintiéndose el otro acogido sin exigencias, sin recelos, sabiendo que el bien no es bien, si solo es mío y no 'de todos'. Y uno no puede aparentar ser otro distinto del que es.²⁵

Siempre sabías lo que pensaba, no disimulaba. Aquí tengo que contar algo que puede interpretarse como negativo y era todo lo contrario. La última vez que estando ya hospitalizada me fui fuera de Granada, después de preguntarle si podía irme, había tomado ya la decisión de no querer ir a diálisis (que después se vio que tenía ella razón, no le estaban sirviendo de nada). Yo le insistía que tenía que ir. Entonces, antes de despedirme le dije: "*Dame la mano*". Pues no me la dio. Siempre fue ella misma. Nunca disimuló ni consintió que la manipulasen. Y esto lo hizo hasta el final.

Todos pudimos disfrutar de su amistad, porque siempre fue ella misma; porque recibía al que tenía delante sin exigencias ni reparos de tal forma que no tenía que dejar de ser lo que

²⁵ Puede ser interesante leer el texto: "El diálogo está construido sobre tres orientaciones fundamentales: «El deber de la identidad, porque no se puede entablar un diálogo real sobre la base de la ambigüedad o de sacrificar el bien para complacer al otro. La valentía de la alteridad, porque ella que es diferente, cultural o religiosamente, no se le ve ni se le trata como a un enemigo, sino que se le acoge como a un compañero de ruta, con la genuina convicción de que el bien de cada uno se encuentra en el bien de todos. La sinceridad de las intenciones, porque el diálogo, en cuanto expresión auténtica de lo humano, es una estrategia para transformar la competición en cooperación.»" (El Cairo) (**Discurso a la Curia Romana** del 23 de diciembre de 2017)

era; y porque las diferencias, aquello en lo que no coincidías con ella, no lo convertía en un rechazo, pero no te engañaba.

Por eso dije que nos enseñó en qué consiste 'ser amigos'. No es manejar o dominar al otro, sino aceptarse mutuamente con respeto, pero queriendo su bien, sin 'darle la razón' cuando no la tiene, pero dándole un 'consejo' cuando lo necesita, pero sin imponer nada. Esta postura tan auténtica sólo surge cuando estamos seguros de que la otra persona quiere nuestro bien, no 'quedar bien', que no es lo mismo. Por eso hemos leído el evangelio del lavatorio de los pies. San Pedro quería ser más que los compañeros, pero Jesús le desmonta su 'lucimiento' diciéndole que si no se deja lavar los pies no tiene nada que ver con él. Entonces quiere poco menos que lo bañe... Pero Jesús pretendía enseñarles que así debían ir por la vida: *'También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros'*.

La fe de la Mari en Jesús consistió en estar 'a los pies de todos'. Y cuando digo 'todos' es que éramos todos. Todos los que la conocieron sabían que podían contar con ella. Gitanos, pa-yos; con estudios, sin estudios; granadinos, de fuera... Pero esta disposición que siempre tenía desde sus limitaciones la ofrecía como amiga, buscando nuestro bien. Su amistad nos invitaba a ser mejores, aunque no siempre lo entendíamos. Ahora, todos tenemos que reconocer que su vida nos ha hecho un poquito mejores a todos los que estamos aquí y lo seguirá haciendo si la recordamos como amiga. Su amistad nos hacía agradecidos y nos animaba a ir por la vida como ella lo hizo.

¡GRACIAS, MARI, POR ENSEÑARNOS A SER AMIGOS!

MISA AL AÑO

LECTURAS

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (10,34-43)

Pedro tomó la palabra y dijo: «Ahora comprendo con toda verdad que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando la Buena Nueva de la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos. Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A éste lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».

Palabra de Dios.

Salmo 23:

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

Lectura del Evangelio según san Mateo (11,25-30)

En aquel momento tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

HOMILÍA

Hace un año que la Mari nos dejó. Podemos vivir este momento como el triste recuerdo de su ausencia, pero también podemos vivirlo como la oportunidad de recordar lo que nos ha dejado. ¿Qué faltaría en nuestras vidas de no haberla conocido y convivido con ella? Su paso por la vida ¿ha sido inútil? ¡Tantas personas hemos conocido cuyo recuerdo no ha dejado ninguna huella! Creo que no es el caso de los que estamos aquí esta tarde. Por lo pronto ha conseguido relacionarnos a personas que si no hubiese sido por ella ni nos habríamos encontrado en la vida. Primer dato importante: estuvo abierta a toda persona, viniese de donde viniese, y conseguía que no se sintiese extraña. Pero no sólo se sentía a gusto con ella, sino que la hacía cercana a las personas la rodeaban. Sus amigos terminaban siendo amigos entre sí. Esto ya es algo que podemos comprobar viendo la variedad de personas que aquí nos encontramos.

Pero creo que no debemos quedarnos ahí. Cada uno tiene su historia con ella. A veces muy breve -a lo mejor la conoció muy al final de su vida-, pero la experiencia me ha dado que siempre dejaba huella en todo aquel que la trató. Suscitaba, no sólo confianza, sino que su forma de vivir una realidad tan dura y limitada en todos los sentidos -ella, tan libre y decidida-: no se sentía anulada, y menos amargada. Esto hacía que, lo que podía haber quedado en la penosa experiencia de 'sentir lástima', se convertía en la gustosa participación en una conversación que nunca giraba en torno a ella y sus problemas. Sus aportaciones tenían la naturalidad y frescura de una persona capaz de hacerse cargo de lo que surgía, ya fuese divertido o serio. En alegría nadie le ganaba, en hondura menos. Sus aportaciones tenían un peso especial.

Las dos lecturas que hemos leído quiero que nos ayuden a recordar su vida desde todo lo que nos dejó, pero no como hablando de un pasado perdido, sino de algo que todos vivimos y que sigue presente en nuestras vidas. San Pedro recuerda lo que todos han conocido de Jesús que lo resume: *“pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo”*. ¿No hemos tenido una experiencia parecida todos los que conocimos a la Mari? ¿Cuántos no hemos recibido de ella cosas buenas? María, tu cumpleaños antes de dejarte, la casa de Atarfe, a mí el portátil porque sabía que el que tenía no me funcionaba... ¿Pero a cuántos no nos ha librado de agobios ridículos cuando veíamos con la fuerza con que ella llevaba su enfermedad?

Pero quiero pararme en algo especial: todo lo que nos dejó. Y tengo que empezar aquel trabajo que tuvimos que hacer ella y yo, porque veía que los apuntes que había no se entendían y *‘había que hacer otros’*. Y los hicimos a lo largo de casi tres años, aprovechando los fines de semana, y de ellos se siguen ayudando personas por todo el mundo. Pero, aparte de este trabajo, lo que a nivel personal nos dejaba caer. Tenía el don de decir lo que había que decir a la otra persona para su bien, no para quedar bien con ella. Y sabía hacerlo de tal forma, que, aunque te sentase mal en ese momento, se te quedaba dentro y luego iba dando su fruto. Sabía sacar de cada persona lo mejor de ella misma. Nos hizo mejores a todos los que la conocimos. A lo mejor, después de decirnos la ‘verdad’ que necesitábamos, salíamos de su casa molestos, pero siempre sabíamos que podíamos volver porque no nos iba a resregar nada. Alguien de vosotros me comentaba que sabía decirte lo que necesitabas, pero sin imponer, y aquello seguía dentro de ti trabajando, te hacía pensar y hasta cambiar.

Pero san Pedro dice que aquel que pasó haciendo el bien, está vivo *-resucitó-*. Cuando tras su muerte me ‘daban el pésame’ los que sabían lo cercano que había estado a ella, siempre contestaba que me había dejado tanto que tenía más que agradecer que ‘echar de menos’. Pero añadía: pero ahora la tengo ‘más a mano’. Su recuerdo no es un **vacío** sino ‘cercanía’ y ‘presencia’. Mi fe cristiana me dice que está con el Señor, y la experiencia de su cercanía me lo confirma, hasta el punto de que vivo todo lo que me dejó, no como algo pasado, sino como algo presente. Por tanto, no sólo nos hizo mejores, sino que sigue ahora haciéndolo. Sus palabras oportunas no nos abandonan y siguen acompañándonos.

Pero, no sólo a los que tuvimos la suerte de conocerla. Ahora, cuando salgo por ahí, me salen sus frases más que antes; aquellas palabras que ella dijo, casi sin darse cuenta, ahora siguen ayudando a tanta gente. No hay que olvidar todo lo que nos dejó sin imponer nada.

Pero en el Evangelio que he leído quiero resaltar dos cosas. Ahí, Jesús, da gracias a su Padre *«porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños»*. Esto, que para mí era algo que había dicho Jesús; en ella lo vi hecho carne y hueso. Sus palabras decían lo que había que decir. Cuando estábamos haciendo los apuntes de EE y yo me sorprendía que encontrásemos palabras acertadas, me acuerdo que me respondió: *«Adolfo, tú sabes que las cosas se pueden decir de muchas maneras, pero la vida es la misma...»* Los ‘sabios y entendidos’ a veces nos enredan, pero a lo que hay que dar respuesta es a la vida. Y son las personas que han tenido que ‘buscarse la vida’, las que saben darle respuesta.

Pero, volviendo al Evangelio, al final dice Jesús: «*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré*». Ya me parece que conté su respuesta, en uno de sus 'brotos' que estaba quejándose a Dios de sus dolores, y yo le comenté: "Mari, te pasa lo que a Jesús en la oración en el Huerto que no entendía todo lo que le venía encima", a lo que me respondió: "Pues ya somos dos". En efecto, la carga que a ella le cayó no fue pequeña, pero nunca le dio la espalda ni la vimos amargada. Y es lo que dice después Jesús: «*...y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas*». Su manera de vivir su enfermedad me enseñó qué quería decir ser 'manso y humilde de corazón': **no amargarse**. Cuántas veces, llegabas a verla y estaba con dolores, y toda su respuesta era: 'Esto es lo que hay'. Pero aquella situación no la encerraba en sí misma poniéndola tensa y dura -que es distinto a su carácter fuerte y enérgico, que tenía y todos comprobamos-, sino que aprovechaba cualquier oportunidad para disfrutar ella y hacer disfrutar a los que la rodeaban. ¡Los buenos ratos que todos hemos pasado en con ella!

Esta ha sido la Mari. Ahora falta qué hacemos con este regalo: ¿lo 'tiramos a la papelera' o lo aprovechamos? Lo que sí hemos experimentado es que todos agradecemos cómo fue por la vida y cómo nos ha hecho mejores. Parece que eso 'merece la pena'. ¿Nos atrevemos? Lo que sí es verdad es que siempre podemos contar con ella y desde allí nos echará una mano.